ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

EL HOMBRE QUE ODIABA A SANTA

Y OTRAS HISTORIAS DELIRANTES



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

El hombre que odiaba a Santa



Y OTRAS HISTORIAS DELIRANTES

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



Serie
Narrativa breve N° 4

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2020.
Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa
Ilustración de portada: Alonso Rodríguez Rubio
Blog: https://voluptuosidadeslapalabra.com
https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra

LOS CARDENALES DE LA MUERTE

I

En el amor todas las cumbres son borrascosas.

Donatien Alphonse François,
marqués de Sade

Caín: Letras… voces malditas… susurros de la noche. Aquellos días sepultados en el olvido yo te buscaba y al mismo tiempo quería huir de ti. Eras como un hermoso puñal hecho de plata amarga labrado con arabescos, y era tal la fascinación de verlo cortar mi carne…

Lilith: Aquellos días sepultados en el olvido yo te consolaba y te nutría con mi sangre… pobre mendigo… pobre exiliado de la gloria divina.

Caín: Y entonces fuiste mi desolación…

Lilith: Yo llenaba la medida de tu copa amarga y….

Caín: Desolación eran los días, como el estremecimiento atroz entre los cadáveres que pueblan las horribles catacumbas donde el corazón se vuelve jirones de papel, jirones de flores secas… marchitas bugambilias.

Lilith: Y gozan del dolor, acechan en las sombras, se alimentan de lágrimas y sangre.

Caín: Yo te gozaba en los días anteriores al diluvio, cuando el Altísimo, ignorando mi ofrenda…

Lilith: Con una quijada de burro le restregaste tu rabia…

Caín: Y desde entonces…

Lilith: Desde entonces los días, los días de plata amarga…

II

Pero los dioses habían desaparecido y los ritos continuaban, insensatos e inútiles.

Ray Bradbury

Envueltos en sus trajes de caminantes de las estrellas flotan los cadáveres, entre los restos metálicos y fríos de un mundo muerto que soñaba cascadas y arcoíris.

Como pompas de jabón…

Durante las horas heladas y sin tregua recuerdo los días luminosos, los días anteriores al día en que estalló la luna, cuando seres insectoides se apoderaron, infestaron, la tierra.

Los eones pasan: ¿cuántos quedan por venir?

¿Cuántos los minutos? ¿Las horas atroces orladas de vacío? Y en el vacío un nombre… tu nombre.

Solo me quedan los recuerdos.

III

Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles.

Mateo, 25:41

Sodoma: el año… poco importa. Yo era un príncipe lascivo y, en la medida en que pueden serlo las bestias de presa, feliz.

Ebrio de vino y jugo de adormidera salí a las calles en compañía de un grupo de amigos y criados a disfrutar el delirio de la ciudad bajo la luz de las antorchas: las bailarinas se retorcían como serpientes en las calles.

Creo que hasta el mal es necesario a fin de que, por contraste, brille la luz de la bondad. Lo cierto es que siempre tuve un hambre que todo lo destruía, una sed que quería apagar con fuego.

Al doblar por una calle, en el sector donde vivían los extranjeros vi a dos criaturas bellísimas. Inmediatamente supe que eran ángeles. Aparentaban ser dos muchachos de hermosura incomparable por lo que llenos de lujuria comenzamos a seguirlos, pues deseábamos poseerlos y mancillar así la obra del Altísimo. Las turbas furiosas se nos unían y la fiesta prometía imágenes demenciales.

Lot era tan patético, tan cobarde, tan repulsivo. Nos ofrecía a sus hijas a cambio de los ángeles.

IV

Todo es bueno cuando es excesivo.

Donatien Alphonse François,
marqués de Sade

Como se acaricia una joya luciferina engarzo las palabras en la tiara de los días desdichados.

Cantaré, entre las cenizas de la vergüenza y del crimen, como diría Poe. Cantaré castillo, puerta cerrada, jardín con desniveles en una roca erosionada por la lluvia, gruta que da al mar bajo una fortaleza, un mechón de cabellos rubios, laberinto, insectos en letargo, ático, cabaña en medio de un bosque de abetos, lápiz labial envenenado, catedral gótica que se alza con rabia y desesperación como los miembros de un ser informe, frasco de pócimas multicolores, esfinge en cuya sonrisa de luna se reflejan todas las sonrisas, vitral, tristeza, retrato oval (otra vez Poe), sombrero adornado con

plumas (la gloria postrera de la España), espuelas bajo la lluvia, mascarada, mujer envuelta en un velo que ondea al viento, vara mágica, dolor, farol de gas londinense.

Y diré que eras de espuma: barco antiguo con tallas barrocas, bestiario de animales fantásticos y plantas imposibles, ciudades sumergidas, un palacio con aves multicolores, un violinista endemoniado que irrumpe en un banquete, símbolos heráldicos deslavados por la lluvia, los ojos llenos de sabiduría, momificadas colecciones de mariposas y plantas exóticas, sellos postales de países inexistentes, una vela negra de sebo, collar de perlas, collar de coral.

—Solo el amor podría redimirnos—.

Y agregaría planos renacentistas de máquinas dementes, cortinajes desgarrados, helados velos de lluvia en la ventana, y no lo habré dicho todo si me faltase vómito, si me faltasen los días transfigurados en angustia.

Basta… basta…

V

Señor, guarda tus ángeles contigo.
Son demasiado puros para mí. Me dan miedo.

Ángela Figuera Aymerich

Entonces, con su mirada helada, como los destellos de un número infinito de piedras preciosas, los ángeles me maldijeron: pronto moriría para visitar la Gehena.

Los ángeles bailaban. ¡Qué terrible era la danza de los ángeles!, la destrucción horrenda, los atavíos celestiales —los cielos de púrpura, de sangre—.

Y al salir de entre las cenizas de la ciudad destruida por los ángeles, derramando lágrimas de sangre, contemplé una estatua de sal que representaba, con un realismo sobrecogedor, a una bella mujer de quien el Señor volvía a separarme.

Ni siquiera un instante de paz quería concederme El Altísimo, y cuando lo hacía era para hacer mayores mis futuros sufrimientos.

Y fue lo último que vi y al punto fui a dar a la Gehena, donde fui torturado por demonios cuya crueldad me gusta restregar en las barbas del Altísimo, demonios envidiosos por mi condición divina.

Sería muy largo relataros todo: me volví mineral, vegetal, animal, y tantas cosas llenas de lodo primigenio, pero una fisura, un terremoto, un acontecimiento tremendo. No sé, no recuerdo, solo sé que pude escapar.

Solo me queda recordar:

VI

Es medianoche. Antes del alba darán conmigo y me encerrarán en una celda negra, donde languideceré interminablemente.

H. P. Lovecraft

Los hombres de imaginación despierta que viven cerca de un cauce por el que corren aguas negras sueñan desiertos sembrados, hasta donde alcanza la vista, de vacas y perros muertos.

Ocasionalmente, en las visiones de sus noches atormentadas, aparecen campos de batalla e indescriptibles paisajes primigenios, quizá porque la memoria tenebrosa de la materia orgánica en proceso de descomposición y con el germen de una nueva vida lamenta los pasados dolores y teme el sufrimiento futuro dentro de un ciclo interminable de renacimiento y muerte.

Entre los amasijos de vísceras, costillares y carne podrida hirviendo en gusanos, los visitantes de esos páramos de pesadilla son oprimidos por una sensación de tristeza y desamparo que traen consigo al volver al estado de vigilia.

Si a lo anterior sumamos la terrible resaca de un licor barato en medio de la madrugada y un alarido destrozando

el silencio de las deprimentes periferias citadinas, podríamos hacernos una vaga idea del estado de ánimo del ex profesor de música Roberto Salgado, reducido a la condición de un paria luego de purgar una larga condena en una cárcel donde le cobraron hasta el cansancio el hecho de haber violado a su propia hija.

La noche se encontraba saturada de un calor húmedo y pegajoso: Roberto apenas se atrevía a respirar, temeroso de los gritos de horror puro que invadían su infame covacha, pero poco después el silencio volvió a adueñarse de la oscuridad, apenas interrumpido por el suave murmullo del río contaminado.

—Aguardaré a que salga el sol —se dijo a sí mismo, pero la quietud de la noche pronto se vio saturada por crujidos en el techo y la maleza, por lejanos aullidos de perros que a Roberto se le antojaban demasiado cercanos.

Hay actos que el común de la gente considera nacidos de la bravura, pero si pudiera leer los motivos ocultos de muchos de esos presuntos valientes sabría que en verdad se trataba de una mezcla de pánico aferrándose a un hilo de razón: algo parecido a asomarse para comprobar, con una sonrisa de imbécil alivio, que no hay monstruos bajo la cama.

Roberto abrió el cajón de un deslucido buró para tomar su linterna y armado únicamente con un atizador salió a explorar los alrededores.

A lo lejos brillaban las luces del corazón de la ciudad, mismas que se iban volviendo escasas conforme se acercaban al punto en el que se encontraba Roberto, quien podía percibir fácilmente la dentada figura de una fábrica abandonada, de mediados del siglo XX.

Roberto traspasó los restos de la valla metálica que delimitaba la olvidada propiedad, en cuyas paredes manchadas de aceite casi podía percibirse la amarga desolación acumulada por los sueños rotos de miles y miles de obreros, engañados por la absurda promesa del progreso industrial.

Roberto dirigió el haz de su linterna al centro del patio para encontrarse, en medio de los vestigios de una maquinaria obsoleta, un cuadro que le pareció bello y terrible al mismo tiempo.

Oculto entre las matas espinosas que deseaban devorar la antigua fábrica un joven vestido con una bata de seda lucía crucificado, al pie de las negras chimeneas, mientras que una máscara escarlata hacía juego con la lujosa bata, y con los chorros de sangre que manaban de sus muñecas y sus pies.

VII

Una sombra convulsa que se torcía entre manos que no eran manos, y que giraba al azar entre los crepúsculos espantosos de una creación en putrefacción, los cadáveres de mundos muertos cuyas heridas eran ciudades, los vientos pálidos de los osarios, que barrían las estrellas pálidas y ensombrecían su resplandor.

H. P. Lovecraft

Los días helados, los días que no son días, los instantes en los que el eterno vacío nos hipnotiza para imaginar la muerte de los soles, constelaciones de angustia, constelaciones de nada, de vacío —de nada— de silencio… de desdén.

Desdén eran los dioses, y los días que no eran días sino anuncio de la muerte, anuncio del desdén, de la apuesta de tirarse por un barranco sobre un lecho de paja (¿habrá un lecho de paja?) que era la fe.

La fe de los idiotas, la fe de los seres que, a pesar de su imbecilidad, que no de su probidad, metieron la mano en el agujero agusanado de un árbol y encontraron un puñado de monedas de oro.

Y mientras tanto la estación helada, las sarcásticas calaveras que me miran a través de las pantallas de mica transparente, a través de los siglos, en el helado vacío iluminado por las lejanas estrellas.

VIII

Todo hombre y toda mujer es una estrella.

Aleister Crowley

Agente: Miguel Carpio
Caso: HS4341-237
Fecha: Siete de agosto, 8:45 P.M.

Por órdenes de la superioridad acudí a la antigua Fundidora Lexington al recibir un llamado por parte de la policía preventiva, quienes a su vez se enteraron de un asesinato por medio de una llamada telefónica de un sujeto llamado Roberto Salgado, de cincuenta y cuatro años de edad, quien se había comunicado hablando por teléfono.

El *modus operandi* del homicida hace pensar, casi sin lugar a dudas, que se trata del asesino denominado *La Rosa de Plata*.

La víctima hoy occisa fue identificada como Víctor Castello, joven de 23 años de edad que pertenece a una de las familias más ricas y pudientes de la ciudad.

La última vez que se le vio con vida (a la víctima hoy occisa) fue saliendo de una fiesta exclusiva en compañía de un hombre alto, blanco y de negro cabello largo, con el que al parecer sostenía una relación amorosa, pero ninguno de los testigos atinó a reconocerlo pues el sospechoso no se dejó ver por tratarse la reunión de una mascarada.

Familiares y amigos del hoy occiso confirmaron su orientación bisexual, conocida ampliamente en los círculos donde el hoy occiso se movía.

El joven fue clavado (ver fotografía anexa) de las muñecas y los pies a una cruz de madera y tenía el rostro oculto bajo una máscara escarlata. Según el profesor Morales la máscara escarlata es como las que se utilizan en el carnaval de Venecia (no confundir con el de Brasil).

Me percaté de que el difunto solo llevaba encima una bata de seda del mismo color escarlata que la máscara, prenda que muestra vestigios de sangre y vino tinto. A los pies de la víctima se encontraba la firma del homicida: una rosa de plata.

Por este último elemento, lo bizarro de la escena, así como la condición social y socio económica del hoy occiso, se anexa al caso BZ4

El agente Miguel Carpio se estiró frente a la computadora, repasando el lamentable estilo de su último parte policíaco. En seguida sacó del bolsillo de su camisa una arrugada cajetilla de Marlboro Light y, luego de asegurarse de que nadie se encontraba cerca, puso el seguro de la puerta y extrajo un minúsculo paquetito de uno de los pliegues de su cartera.

Con el broche de la tapa de un bolígrafo barato y de manera casi religiosa, tomó una pequeña porción de cocaína que aspiró con la fosa izquierda de su nariz. Repitió varias veces la operación alternando las fosas de su nariz y guardó el paquetito, para en seguida apagar la computadora.

Mientras los chips de la máquina realizaban los ineludibles trámites "burocráticos", previos al apagado del sistema se entretuvo, mirando sin ver, las volutas que dejaba escapar el cigarrillo.

Miguel Carpio bajó las escaleras que conducían fuera del precinto, abordó su automóvil y se dirigió a su departamento.

A mitad del camino el teléfono celular comenzó a repiquetear. El identificador de llamadas le hizo saber que se trataba de su novia Isabel.

—¿Bueno? —contestó.

—¿Miguel? ¿Dónde te habías metido?

Miguel forzó la voz para sonar más abatido de lo que realmente se encontraba:

—Otra vez *La Rosa de Plata*. Llevo cerca de 48 horas metido en el caso —mintió— y aún queda trabajo por hacer.

Si bien tenía deseos de ver a su amada, se sentía impelido a poner en orden sus ideas, a someterse a la terrible

experiencia de agotarse con una solitaria sesión de whisky y cocaína. Al día siguiente se sentiría miserable y más dispuesto a ser una persona buena y ordenada.

Diario de un asesino

14 de agosto

Amo las ciudades, las grises ciudades sin esperanza; tal vez porque en ellas se encuentran deliciosos contrastes: por un lado la brutalidad de los desposeídos, por otro el aparente refinamiento de una burguesía enriquecida con la carne de las patéticas masas que hormiguean en las fábricas, en el transporte público y en sus irrisorias viviendas de interés social.

¿Quién habría pensado que en medio de esta podredumbre encontraría una belleza digna de un cuadrito japonés? La historia de un hada a la que cortaban las alas.

Ana tenía un pequeño jardín donde los pájaros iban a posarse sobre las ramas de los cerezos y a refrescarse en el agua cristalina de las fuentes marmóreas, y en ese vergel me sentía la serpiente del *Génesis*.

Ana… en cuyos ojos brillaba un no sé qué de ternura infinita, algo como la silente expresión de una madona de Giotto, y yo no me cansaba de contemplarla.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Ana, sonriendo.

—Amor: creo que voy a extrañarte.

—Pero si solo te vas por unos días.

—Ana —le dije taimadamente—, ¿podrías mostrarme tu álbum de fotografías? Quiero recordar a tu lado los detalles de nuestro viaje a París.

—Apenas han transcurrido unos días. ¡Qué extraños son ustedes los artistas! Pero sabes que no puedo negarte ningún capricho.

Entramos a su casa y comenzamos a subir las escaleras que conducían a su alcoba, esa pieza decorada con el gusto exquisito de mi musa, de una musa que iba a extrañar, pero

no podía privarme de los placeres extremos que cultiva un metarromántico.

Yo percibía su fragancia mientras ella daba vueltas a las páginas del álbum.

—Quiero embriagarme de ti… de tu aroma —dije sosteniendo mi copa de vino, a la que agregué unas gotas de su perfume.

Ella cerró los ojos aguardando un beso y yo aproveché para sacar un estilete de factura italiana con el cual, de un solo tajo, le abrí la garganta.

¡Ay! En su mirada cabía todo el asombro de una paloma traicionada por Dios. Creo que murió sin creerlo.

Y su sangre gritaba clamando venganza al Altísimo.

Te confieso algo: no podía soportar mi propia imagen en el espejo y lo hice pedazos, fue un instante de remordimiento en medio de una eternidad insensible; luego le arranqué los ojos porque sabía que en ellos había quedado impresa mi imagen y que los ángeles podían seguir mi rastro.

Diario de un asesino

24 de agosto

La tarde caía plácidamente, pero unos niños que jugaban en el parque destruían la belleza del silencio. Por un momento quise matarlos: el mocoso de lentes sería, sin lugar a dudas, el abogado corrupto del mañana; el gordo un comerciante deshonesto y mezquino, la niña bonita una prostituta o la amante de un tipo de dinero (en el fondo lo mismo), el niño robusto un pinche policía o un asqueroso guarura, en fin… Entonces me vino a la mente la idea de que El Altísimo, en "Su infinita misericordia", solo les había concedido ese instante de risa y columpios, de risueñas ilusiones… de belleza.

Recordé un bombardeo, el rostro de un padre llevando en brazos el cadáver de la hija que acababa de rescatar de los escombros, los jirones de carne que se decían sus pies, el opresivo silencio de sus labios.

Entonces me pareció absurdo representar al Altísimo como un anciano sabio y benevolente (una copia chafa de Zeus), entonces se me ocurrió que Dios tenía la forma de un escualo.

Imaginen el *Génesis*:

En el comienzo de todo, El Escualo creó el cielo y la tierra. La tierra no tenía entonces ninguna forma; todo era un mar profundo cubierto de oscuridad, y el espíritu del Escualo se movía en el agua.

O algo así… algo que me explique el filo del cuchillo… algo que me explique el edén que antaño veía reflejado en tus ojos.

IX

Tan sencillo es matar, decapitar libélulas,
traspasar inmóviles pupilas
de insectos silenciosos y, una vez alcanzada
la paloma, esparcir sus vestidos, vitral tenue del ala desgarrado
por acequias veloces.

Ana Rossetti

Los huevotes de Schrödinger: Ustedes, los putos policías, son unos pendejos absolutos y totales, y yo tengo que hacer todo su trabajo, baboso (emoticón con carita sonriente).

Miguel Carpio: Aseguras que el asesino es muy arrogante y que hasta publica libros de poesía.

Los huevotes de Schrödinger: Claro, pendejo, el otro día hizo una presentación de lujo de su nuevo libro, había unas nenas de miedo, de esas que un pinche policía jamás se podrá pagar, imbécil.

Miguel Carpio: ¿Cómo dices que se llama el libro?

Los huevotes de Schrödinger: Mira, pendejo, el libro se llama "Ojos en sangre". Pensarás que soy el clásico periodista imbécil que pudiendo estar cómodamente instalado frente a la barra de una cantina dedica su tiempo

libre a meterse en lo que en realidad no le importa, como si hubiera mucha gloria en un artículo periodístico de efímera efervescencia.

Recuerdo haber leído en una revista que desde sus inicios los periódicos y gacetillas fueron utilizados por la gente como papel higiénico. Ja, ja, ja (emoticón con una carita riendo a carcajadas).

Miguel Carpio: ¿Hay más poemas que hagan referencia a los asesinatos?

Los huevotes de Schrödinger: Claro, pendejo, por supuesto que ustedes, los putos policías, jamás leen poesía.

Miguel Carpio: Ya te dije que no me gustan esas mariconadas, pero como parece ser una buena pista.

Los huevotes de Schrödinger: Mira, pendejo, te cito algunos de sus textos. De veras que el tipo se ríe en sus barbas:

Fábrica Lexington

Cobijado de espinas,
un ángel roto, silencioso y roto,
con la máscara púrpura
del pecado –niño crucificado—
¡oh!, pequeño nocturno.

Ángel caído arropado de seda,
¡ay!, manchado de vino;
tú, que antaño reías en jardines
y palacios celestes…
eres tan solo una sombra de olvido.

Este es mi favorito, hasta les pone la calle. Definitivamente no tienen que ser ustedes unos Sherlock Holmes, pendejo:

Calle 37 ½, número 3507

Dama rubia, Venus purpúrea,
quiero borrarme de tu historia,

romper la imagen del espejo
que refleja la fina copa
donde mezclaba tu perfume,
la oscura fragancia del vino,
tu roja sangre de princesa.

El último no sé muy bien de qué va:

Me gusta verte sufrir
pues me halaga tu dolor,
tus ojos de barro y lluvia,
tus súplicas sin consuelo.

Amo tu desolación,
me fascina cuando miras
a través de la ventana
los sueños que siempre te huyen.

En dorados cuentos de hadas
soy el ogro que encadena
tus suspiros de doncella.

Lo cierto es que todos ustedes son unos idiotas, como una bola de marranos sueltos, si yo pudiera…

De pronto la puerta se vino abajo y un bruto furioso irrumpió en el departamento de Juan Manuel.

El energúmeno tomó a Juan Manuel de su lamentable pescuezo (casi le sumió la manzana de Adán) y lo arrojó contra un librero que estaba lleno de cómics y figuras de acción, entre ellas las de Star Wars, DC y los de He-Man y los Amos del Universo.

Si *Voluptuosidad es la palabra* fuera un estudio de Hollywood nos regocijaríamos viendo en cámara lenta a Juan Manuel, un tipo enclenque, arrojado contra su librero, con sus sandalias abandonando sus pies envueltos en calcetines con un estampado de Spider Man; pero como

Voluptuosidad es la palabra no es más que un blog bien jodido tendréis que imaginarlo; total, yo hago mi parte proveyéndoos de entretenimiento barato sin nada de presupuesto para eso de los efectos especiales.

Miguel Carpio tomó con una de sus manazas la figura de He-Man (odiaba a ese muñeco ya que sus padres eran pobres y nunca pudieron regalárselo), de un mordisco le arrancó la cabeza de goma y dijo, mientras masticaba la testa del hombre más poderoso del Universo:

—¿Tienes cervezas?

—¿Cómo dio conmigo?

—Trabajo de inteligencia —respondió Miguel Carpio (claro que no le iba a confesar que Juan Manuel había sido tan imbécil de dejar encendido el GPS).

—¿Inteligencia? ¿Ustedes? Vaya una novedad.

Una andanada de patadas llovió sobre el lomo de Juan Manuel. Miguel Carpio abrió el frigorífico y se encontró con unas ridículas botellas de Root Beer. Tomó una de ellas y se la arrojó a la cabeza a Juan Manuel, quien apenas consiguió esquivarla por lo que el líquido se derramó en la pared, acompañado de una serenata de cristales ambarinos.

—¿Root Beer? ¿No tienen cerveza de verdad los putos nerds?

Miguel Carpio tomó a Juan Manuel del pescuezo, le abrió la boca y le metió un billete de 500 pesos, por cierto bien mugroso. Miguel tomó a Juan Manuel de una oreja (que casi se la arranca), luego lo puso de espaldas, lo agarró del cuello y del pantalón, a la altura de la cintura, y lo lanzó al aire. Inmediatamente le conectó una patada en el culo, bien puesta, y le ordenó que trajera unas cervezas de verdad, un paquete de cigarrillos y unos Doritos Nachos.

Juan Manuel se apresuró a obedecer la orden, y una vez solo Miguel Carpio sacó su paquetito de cocaína, se dio tres jalones hasta el fondo y exclamó:

—Esto promete, carajo, esto promete.

X

Bebo para hacer interesantes a las demás personas.

Groucho Marx

—Hágame el favor de pasar a mi estudio, donde podremos hablar tranquilamente —dijo Ángel de Rubempré y Miguel Carpio pensó que el tipo trataría de sobornarlo.

—Lo que el idiota no sabe —se dijo a sí mismo el agente— es que no voy a permitir que este marica continúe con sus marranadas.

Ángel hizo una señal a su factótum para que se encargara de los invitados y abrió la lujosa puerta de caoba que daba acceso al estudio. Se trataba de una enorme habitación aderezada con mármol de Carrara en cuyas paredes podían apreciarse máscaras de un sin fin de culturas, cuadros antiguos y voluptuosos, algunos divanes con desordenadas sábanas de seda, jarrones de exquisita factura, espadas, filas y filas de libros ricamente encuadernados: era el delirio de un decadente.

—¿Y bien? —preguntó Miguel acercándose ofensivamente a su interlocutor mientras que en su rostro se dibujaba una sonrisa torva, llena de amenaza, que tan buenos resultados solía darle. El representante de la ley puso una de sus manazas sobre un hombro de Ángel, quien reaccionó imprevisiblemente. Tomó al policía de la muñeca para doblársela hasta la altura de la espalda, obligando a Miguel a inclinarse.

El policía intentó sacar su arma con la mano izquierda, pero el aristócrata le rodeó el cuello con el brazo que le quedaba libre y todo se volvió oscuro para Miguel.

Ángel arrastró a Miguel hasta un rincón de la habitación, empujó una sección de los exquisitos mármoles y unas lóbregas escaleras que se proyectaban hacia abajo condujeron al asesino y a su víctima a una especie de calabozo. El policía fue sujetado de ambas manos con una

cuerda que se unía a una cadena empotrada en el techo. Miguel recuperó la conciencia y pudo ver la alta figura de su oponente, quien luego de encender una antorcha procedió a prender un cigarrillo con el fuego de la tea.

—En este siglo no se lee, la gente solo viene por el vino y el *glamour* —dijo el aristócrata con sorna—. De hecho me extraña que una persona de su calaña haya notado la similitud entre los crímenes de, ¿cómo dicen esos jornaleros de las letras? ¡Ah, sí!, de *La Rosa de Plata*.

Miguel trató de escupirle al rostro, pero Ángel se le adelantó para ponerse fuera de su alcance.

—Seguramente no leíste ninguno de mis poemas, alguien debió habértelo dicho.

—En cuanto me libere voy a volver papilla ese bonito rostro tuyo y te voy a patear el culo hasta que…

Miguel no pudo terminar la frase ya que Ángel tomó un fuete y le cruzó el rostro.

—En los tiempos antiguos —prosiguió con esa calma impertinente que lo caracterizaba— no me hubieras servido ni siquiera para limpiarme las botas. Te sientes todo un guerrero, pero tienes la complexión de un cargador de puerto. Los conquistadores más grandes de la historia suelen tener una estatura mediana, apropiada para el esgrima y las escaramuzas de las tabernas o bien, eran altos con un cuerpo estilizado. Fíjate en el ridículo de los soldados norteamericanos, con sus músculos de gimnasio, carentes de resistencia, cuando luchan contra los iraquíes cuerpo a cuerpo.

—¡Cerdo maldito! No hablarías tanto si tan solo me soltaras.

Un nuevo golpe de fuete cruzó la cara del agente Miguel Carpio y Ángel de Rubempré continuó hablando:

—Antes de que el tiempo existiera yo era un ángel que se atrevió a combatir contra El Altísimo.

Miguel Carpio comenzó a poner atención. En verdad que Ángel de Rubempré estaba completamente loco, pensó.

—Cuando nuestras huestes fueron derrotadas caímos del cielo. Algunos fueron a dar a la Gehena, lugar sombrío y estrecho, lleno de fuego y tormento; otros conseguimos evadir el castigo y con el paso de los milenios aprendimos a encarnar en bestias y hombres, y nos dijimos que habíamos vencido al Creador, pero con el tiempo nos dimos cuenta de que habíamos escapado de una condena para caer en otra. Dios se burlaba de nosotros y nos condenó a repetir eternamente un ciclo de alternativas evoluciones e involuciones.

Al transmigrar de un cuerpo a otro fuimos ascendiendo en la evolución, pero al llegar a la categoría de hombres, al llegar a la muerte, nos veíamos obligados a comenzar de nuevo para habitar en el cuerpo del más repugnante gusano e ir alcanzando, en una marcha ciega y trabajosa, la condición de organismos superiores hasta volvernos hombres, y de vuelta otra vez.

Ante nuestra espantosa condena algunos intentamos alcanzar el perdón y dedicamos vidas enteras a practicar la humildad y hacer el bien. Toma en cuenta que sabíamos que al término de cada vida humana estábamos obligados a repetir todo el ciclo de evolución que El Altísimo nos había impuesto; sin embargo perseveramos una y otra vez, sin resultados.

Aunque algunos todavía lo intentan la gran mayoría de nosotros decidimos devolverle su burla al Padre Eterno dañando a sus criaturas y haciendo del arte de la seducción, de la tortura y el asesinato, una de las bellas artes. Por lo menos constituye una manera más divertida de pasar la eternidad que componer elegías y realizar buenas obras.

Con el paso de los siglos he aprendido a alargar mi vida y me he convertido en un artista del horror, en un esteta capaz de apreciar la belleza en los ojos de la víctima, la sangre, ese rojo cardenal de los delirios, la sed por el olvido, sacerdote de locura, del erotismo y de la muerte.

¿Te gustan los cuentos de terror? ¿Los cuentos decimonónicos, por ejemplo?

—Maldito maricón.

—Te voy a contar uno —dijo Ángel de Rubempré y sacó un estuchito bien mono en el que destellaban, contrastando con el fondo de terciopelo color lapislázuli, unos bisturís de diseños caprichosos que semejaban flores… de plata.

XI

O se tiene demasiada inteligencia para tener corazón, o se tiene demasiado corazón para ser inteligente.

Villiers de L'Isle-Adam

A veces pienso que jamás dejará de llover. Desde lo alto de la torre contemplo, con esta sensación de hipnosis, el reflejo de las lámparas de gas sobre el húmedo pavimento, los chorros de agua escapando, furiosos, de los desagotes y los tejados, corriendo por los vericuetos de las calles hasta morir en las alcantarillas.

Abajo, en el jardín secreto que solo es visible desde esta torre, la cruz de piedra, la cruz celta, ennegrecida por los años olvidados, aguarda como un centinela tu regreso.

Enciendo un cigarrillo, me sirvo otra copa de vino, mis manos nerviosas buscan las fotografías que un día, hoy brumoso, captaron la belleza de tu cuerpo joven, la tristeza de tus ojos claros, el suave caer de tu pelo rubio.

Conservo la llave del jardín con el listón rosa que tú misma le ataste, pero no quiero traspasar esa puerta cerrada, oscura, ominosa.

Las sombras de las gárgolas bailan furiosas al conjuro de los rayos, pero solo es por un instante ya que, al mirarlas, sus ojos pétreos recuerdan los ojos silenciosos de insectos muertos, helados en interminables galerías de un avispero enorme y desolado.

Somos dos amantes separados por una espada, por la copa envenenada, por el tiempo y el lúgubre graznido de los cuervos.

Somos animales arrancados de un bestiario medieval, ángeles o demonios, seres imposibles.

XII

Amar hasta que te duela. Si te duele es buena señal.
Madre Teresa de Calcuta

—Lo que me queda claro es que eres un pinche maricón —dijo Miguel Carpio.

—Cállate, estúpido. ¡Pero qué falta de educación! Estoy narrando, carajo.

Ángel prosiguió:

—Era un hombre muy pálido, querido, que vestía de negro, y sus ojos llameaban con el fulgor de los infiernos. Era un violinista endemoniado que irrumpió en el banquete. Esa rabia dionisíaca que lo dominaba transmitía una fascinación difícil de explicar.

"Odio esa cara de virtud ofendida, pero tienes que saber, y no es por disculparme, que cuando la gente escuchaba esa música impía era asaltada por extrañas imágenes. Me pareció ver San Petersburgo ahogada por cendales de niebla, bajo un sol antiguo, moribundo y rojo".

"Sentí que vagaba por los corredores góticos de una catedral infinita, *non sancta*. Tuve la sensación de ser violada por un dragón, un monstruo que me arañaba la piel y me dominaba con su gesto autoritario… y me gustó mucho, como si fuera una ninfa corriendo por los bosques, huyendo de los sátiros cuyo aliento sentía a mis espaldas, temiendo y deseando, al mismo tiempo, sus bárbaras caricias".

"Corazón, enciéndeme otro cigarillo, por favor, y sírveme una copa de absenta, solo una más… otra gotita de láudano… gracias. Te decía que las notas del violín estallaban como bandadas de cuervos asesinos, o bien me hipnotizaban las luces del candelabro, el cual se volvía una araña de diamante ansiosa, también ella, por violarme".

"¡Por los poderes! No entiendo que te vi, te comportas como un provinciano simplón, incapaz de apreciar las complejidades del alma. Si me vuelves a interrumpir te privarás de una explicación".

"De acuerdo. Déjame decirte que al instante me vi desnuda y atrapada en un frenesí de absoluta decadencia. Cómo despreciaba a esos aristócratas ya que a pesar de su lujuria no podían despojarse de toda su cultura para transformarse completamente en los animales viscosos del lodo primigenio. Me parecían decadentes y envejecidos y el pudor de las damas que me miraban a través de sus monóculos me daba risa, y lo que más me fascinaba era hundir tu apellido en el fango."

"Desprecié a toda esa compañía y bajé corriendo las escaleras hasta llegar a las cuadras de los caballos. Y bailaba y bailaba y reía, pero de pronto me di cuenta de que no estaba sola. Un bruto musculoso y sucio me tomó por un brazo y, a pesar de que le exigí que me dejara él no pudo contenerse y me obligó a…"

"Su olor animal era insoportable, casi me partía en dos, pero a él no parecía importarle y me mordía en el cuello y me golpeaba las nalgas y me llamaba puta y…"

"Cuando pensé que no podía más el bruto terminó. Traté de levantarme pero otro criado me tomó de los cabellos y me obligó a…"

"Había toda una fila de criados y niños sucios que se reían de mí, y a todos los tuve que complacer en las más grotescas posiciones que te puedas imaginar, y hubiera seguido haciendo de todo pero fui rescatada por tus amigos, quienes apartaron a esa turba a punta de latigazos."

"Y me gustó tanto, querido, que incluso fue mejor que nuestra noche de bodas."

XIII

No se debe nunca escuchar a las flores. Solo se las debe contemplar y oler. La mía perfumaba mi planeta; pero yo no era capaz de alegrarme de ello.

Antoine de Saint-Exúpery

—No negaré que la cosa se pone extravagante —dijo Miguel Carpio.

—¿No lo dirás por temor a mis flores de plata?

—No, no, por favor, prosigue.

—Te has ganado un cigarrillo —dijo Ángel, le encendió un cigarrillo a Miguel y continuó:

Te odiaba con toda el alma y no obstante el amor que te tenía era un océano de luz. No sabía que hay mujeres cuyo amor envilece. Ignoraba que hay mujeres cuyas caricias llenan el alma de fango… te juro que no lo sabía. Me aferro a la idea horrible, que se vuelve una navaja en mis manos, un trozo de vidrio para cortarme, una y otra vez.

Me he vuelto un puritano amargo, un cenobita cuyo dios es el dolor, uno de esos sacerdotes parsi que de acuerdo a la leyenda cortaban pedazos de su propia carne para ofrecerlos a los cuervos en las altas y silenciosas torres que eran utilizadas como osarios a fin de que la muerte no contaminara la tierra… torres del silencio.

Hubiera querido ser como Ulises y que, a pesar de haber escuchado tu canto, me contuvieran poderosas amarras para no seguir tus amargas sugestiones, para no llenar, una vez más, mi alma de fango.

Lo cierto es que en todas partes veía rivales prestos a arrebatarme tu cariño, rivales imaginarios o reales que siempre me amenazaban en la lluvia, en un eterno ambiente de oscuridad. A todos los maté a pesar de que muchos de ellos no eran más que unos niños.

Y a modo de cierre de ese torbellino escarlata sembrado de disparos, cuchilladas, látigos y refinadas torturas recuerdo vagamente haber caído de rodillas, una vez más, a los pies de esa mujer sin alma que siempre fuiste.

Mis lágrimas se confundían con la lluvia y algo estalló dentro de mí y decidí abandonarte, pero como si lo hubieras adivinado me levantaste del fango y lloraste conmigo, y en ese abrazo lastimero dijiste que te habías arrepentido, y me pediste perdón y juraste que cambiarías.

Maldito sea… pues te creí.

XIV

Mátame mañana.

William Shakespeare

—No puede terminar ahí. ¡Demonios! ¿Me puedes dar una cerveza?

—Ya que lo pides de buena forma. Mira, te voy a soltar, promete que te portas bien y si no haces estupideces hasta te dejo ir.

—Acepto: no hay borracho que coma lumbre.

—Está bien. Continúo:

Me hablabas del mar… con una sed de lontananza que yo comprendía.

Prometiste que no volverías a engañarme. Al principio parecía que nos encontrábamos en perfecta comunión. Coincidíamos en tantas cosas: el vino, la música, los sueños, deliciosas ilusiones que entretejíamos en el aire.

Aparentemente cumplías con tu promesa y no volvió a presentarse ningún escándalo. Sin embargo a veces me parecía sorprender una sonrisa impertinente en el *maître* (de algún restaurante de lujo), un guiño que intercambiabas con algún otro. Sin embargo…

O tal vez me había vuelto un celoso impenitente, un hombre que temía hasta de su propia sombra, pero hice un esfuerzo por vencer ese infierno de celos y desconfianza y por unos días volví a conquistar la paz de mi espíritu.

Entonces comenzaste a torturar a las doncellas…

El resto, no lo puedo repetir, bajé a la cripta con mis flores de plata y, entre más te atormentaba más te reías de mí.

Decías que no podías morir, que habría de encontrarte en una de las ciudades fantásticas que menciona Dante en *El Infierno*, ciudades que nombrabas familiarmente, y decías que en una de ellas, finalmente, podríamos ser felices: entre las cenizas de la vergüenza y del crimen, como diría Poe.

XV

La nostalgia es una enfermedad para aquellos que no se han dado cuenta de que el ahora es la nostalgia del mañana.

Zeena Lavey

El número 15, querido lector, en el Tarot representa al Diablo. No sigas leyendo. Te lo he advertido:

Ángel pensó en *El Necronomicón*, ese libro nacido de la imaginación de un escritor norteamericano, idea que había buscado abrirse paso hacia la realidad de tal forma que fueron surgiendo, poco a poco, múltiples "necronomicones" que salmodiaban con palabras ininteligibles.

Recordó los escritos de Eliphas Levy, quien afirmaba que una obra con palabras bárbaras, unida al crimen, eran capaces de producir la magia negra, y no puedo menos que darle la razón.

Además *El Necronomicón* tenía muchas similitudes con la mitología caldea y algunas coincidencias con la etrusca.

En seguida se le ocurrió que el escritor Michael Ende, en su libro *La historia sin fin* planteaba la idea de que al crear un lugar que no existía, este surgía con todo y un pasado milenario.

—No es cierto que los demonios lo sabemos todo —pensó, pero creía recordar enormes abismos y palacios fulgurantes.

Las obras no salvan, dicen los protestantes, y a veces el manantial que yace en el centro de una doncella y cuyo aroma nos recuerda el mar —eones de evolución— porque el espíritu de Dios se movía en las aguas, como una sombra, como un escualo terrible.

Y era la condenación eterna una doctrina terrible: en mis múltiples vidas ni siquiera me valió enseñar la esencia pura del amor (y es que mi reino no es de este mundo), proclamarme el ungido.

Y en las tentaciones de San Antonio, ese maricón que no se atrevió a cogerse al diablo cuando tenía forma de doncella, me puse a hablar solo, como a veces acostumbro. El eco repetía mis palabras:

Y otra vez, como entonces,
ante los ojos llorosos de mi madre,
por otro motivo, habré de cargar una cruz.

Post Scriptum

La estación helada, el mundo infestado de insectos desde que reventó la luna. Yo te recuerdo, te recuerdo a cada instante, como se recuerda el filo de una navaja de afeitar cortándome la piel.

Los cardenales de la muerte vienen a por mí. Maldito el día en que nací porque el horror, el horror es mío.

FINALMENTE EN BABILONIA

Desperté dentro del sueño: la luna antigua era más grande y más cercana, las calles, mal iluminadas con antorchas, permitían entrever sombras de gente lasciva que se emborrachaba y tenía sexo al son del harpa, la lira, el laúd y los tambores.

El aire seco del desierto traía un perfume de flores y un ligero toque a putrefacción de los cercanos canales de agua.

Yo me encontraba entre cojines, con un montón de dátiles, higos, y un pellejo lleno de vino, así que abrí el pellejo y comencé a beber: el vino era ácido.

Entonces me di cuenta que iba sobre una litera de manos que portaban cuatro esclavos mesopotámicos, sin barbas (los esclavos no llevan barbas) y les dije:

—¿A dónde me llevan?

—Vamos, oh amo, a la corte del príncipe Samsu.

—Deténganse, por favor, necesito orinar.

—Nosotros somos demonios, amo necio, y una vez que has dado las órdenes, éstas se tienen que cumplir a pesar tuyo y a pesar nuestro.

—Maldita sea —pensé— ese hechizo yo lo hice hace un año y no había funcionado.

Mis esclavos me leyeron la mente y me dijeron:

—Sí funcionó; pero no te acuerdas… este es el recuerdo de un sueño que también es un recuerdo.

Si los demonios no me permitían parar a orinar tenía que hacerlo, de todos modos, así que me incorporé, lentamente, y abrí las piernas en tijera y me puse a orinar. ¿Qué iba a pensar la gente de Babilonia de mí?

—No van a pensar nada de ti, oh, amo estúpido, porque ya te dijimos que esto es un recuerdo: eres un recuerdo, un fantasma, que atraviesa una ciudad fantasma, una ciudad recuerdo.

¡Dios mío! Finalmente estaba en Babilonia, la ciudad legendaria del pecado. Una brisa del desierto comenzó a soplar y salpiqué a los demonios en la cara, con mis orines. Los escuché gruñir y maldecirme y supe que si me caía de la litera me iban a hacer pedazos.

Puse las palmas de las manos hacia abajo y lentamente flexioné las piernas, hasta ponerme en cuclillas, como hacen las niñas cuando van a mear al campo, entre las flores.

—Si me caigo mis esclavos me van a destrozar —volví a pensar, lleno de terror, de pánico, de un miedo abrumador.

Ya de cuclillas me eché a un lado y caí de costado, sobre la litera.

—¿No me pusieron pollo frito, carne, nada de proteína, malditos?

—No, amo, hay higos.

Sentí rabia y comencé a tirarles los dátiles y los higos; pero jalé el pellejo de ese vino ácido y seguí bebiendo.

La luna antigua era más cercana, más grande.

CANAL 765

I

Clásico: llegaron las "altas personalidades" de la capital a nuestra televisora de provincias y los chilangos venían a descubrir el hilo negro, así que nos dieron una desoladora charla motivacional para que trabajáramos todavía más y por el mismo sueldo:

—Necesitamos hacer más trabajo de calle, menos declaraciones de funcionarios —dijo Juan Carlos Espitia, un tipo muy delgado, casi cadavérico, que siempre vestía de negro y cuya mirada nos dejaba helados.

—Debemos iniciar una serie de reportajes de los barrios bajos —lo secundó Antonio Loera, un enano horrible que traía nuevas ideas para la edición del noticiario nocturno.

Básicamente querían más sangre y lo primero que hicieron fue cancelar mis cápsulas culturales, pues argumentaban:

—Lo siento mucho, pero las cápsulas de Ernesto Fernández y Manuel González son soporíferas. ¿A quién demonios le interesa la pintura, la escultura, los

descubrimientos antropológicos? ¡Esto es un noticiario, señores, no una revista cultural para personas de la tercera edad!

Juan Carlos Espitia arrojó teatralmente al bote de basura las cintas que contenían las cápsulas culturales y procedió a dictar las órdenes de información: acompañar a la policía en un operativo por los barrios bajos de la ciudad, así que ahí nos tenían a las dos de la madrugada corriendo detrás de los policías para atrapar borrachos, recorriendo casas en ruinas para detener a los adoradores de la aguja hipodérmica, etc.

Juan Carlos estaba emocionadísimo toda vez que recorríamos las calles de la ciudad a bordo de "La Chola", una camioneta con los vidrios ahumados en la que una veintena de policías se ocultaba mientras que uno de sus compañeros, disfrazado de yonkee, tocaba a las puertas de los vendedores de drogas, pero como ya todos conocían a "La Chola" nadie les abría.

Para su mala fortuna Enrique Lugo se había ausentado varios años de la ciudad y le vendió una dosis de heroína al policía encubierto.

—¿Lo grabaron? ¿Lo tienen? —preguntó aceleradísimo Juan Carlos Espitia.

—Sí, lo tenemos —contestó Manuel González, harto de que el tipo le estuviera soplando la nuca.

El comandante Quiroz propuso hacer una entrada ilegal al domicilio y Espitia, ansioso por conseguir una nota truculenta, estuvo de acuerdo.

Pasamos por varios edificios en ruinas, saltamos un muro de adobe y alcanzamos el patio trasero del traficante, y luego irrumpimos en la cocina.

Los policías mojaron una toalla y luego de desnudar al vendedor de drogas lo golpearon con ella mientras amenazaban a su esposa con quitarle a su pequeña hija. Finalmente ella no resistió la presión y reveló el escondite: había un montón de porciones de heroína y cocaína, que

poco después se volvieron menos, milagrosamente, pero Espitia nos ordenó que lo pasáramos por alto.

—¿Lo grabaste? ¿Viste cómo lo golpeaban con esa toalla? ¡Dios! ¡Qué maravilla! ¡Lástima que no podamos sacarlo al aire! Pero bueno, quiero que me pases una copia para mis archivos personales —le dijo el tipo a Manuel González, con los ojos vidriosos.

Esa fue la primera impresión que tuvimos de ellos, pero las cosas comenzaron a ponerse raras.

En cierta ocasión filmábamos la construcción de un edificio gubernamental y Espitia dijo:

—¡Manuel! ¡Graba al tipo que está sobre el andamio!

—Ya lo tengo —contestó Manuel.

—¡Grábalo ahora mismo!

Manuel obedeció a regañadientes.

—Espera… espera… espera… —le decía Espitia y en eso, ¡Dios mío!, el andamio cedió y el albañil cayó al vacío para golpear con la cabeza el duro suelo de concreto.

—¡Corre! —le dijo Espitia a Manuel—. ¡Necesitamos un primer plano de este accidente!

El tipo sonreía, emocionadísimo: juraría que su alegría fue mayor cuando la esposa del albañil acudió a reconocer el cadáver cuya cabeza estaba parcialmente hendida.

No conforme con las imágenes que había capturado el camarógrafo Espitia sacó su teléfono celular y tomó un montón de fotografías, que estuvo mirando durante todo el camino a la televisora.

—¡Por Dios! ¡Esos malditos morbosos me enferman! —se quejó Manuel una vez que estuvimos en "El Sarape", bebiendo una cerveza—. Te confieso que me aterrorizan.

—No será para tanto —le dije.

En eso el teléfono de Manuel comenzó a timbrar.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Espitia: el traficante Enrique Lugo se ahorcó en su celda y Espitia ha conseguido que le permitan filmarlo para hacer un reportaje con el tema: "el crimen no paga".

Nos trasladamos a las celdas de la policía municipal, Espitia pidió permiso para sacarle un poco la lengua al cadáver a fin de que resultara más impresionante, luego me arrebató el micrófono y pidió que lo sacaran a cuadro. Comenzó a caminar alrededor del cuerpo mientras decía, dramáticamente:

—¿Hasta dónde conduce el camino de las drogas? Esa y otras preguntas nos hacemos a la luz de una terrible tragedia. Enrique Lugo tomó el camino fácil: le sobreviven su esposa y una hija pequeña…"

Era repugnante.

Más tarde, al concluir la emisión del noticiario, comenzaron a llover felicitaciones a Espitia por el excelente trabajo de denuncia que realizaba.

—Ya no lo soporto —le dije a Manuel—. Voy a presentar mi renuncia.

—Espera…

—Ese maldito me va a escuchar —dije y me dirigí a su oficina.

Espitia se encontraba charlando por teléfono alegremente. Detrás de su escritorio destacaba una fotografía ampliada y enmarcada de Kevin Carter, quien ganara en 1994, antes de suicidarse, el premio Pulitzer por fotografiar a un niño sudanés famélico con un buitre acechándolo, en segundo plano.

Espitia colgó y dijo:

—¿Sí?

—Espitia, usted me enferma profundamente, quiero presentarle mi renuncia.

—Está bien –dijo Espitia—, pero tenga cuidado: es mejor estar en el ajo. Alejarse de los medios de comunicación lo puede poner al otro lado de la lente y el micrófono y hacerlo formar parte de la noticia.

—¿Qué quiere decir?

—Ja, ja, ja. Nada, Ernesto, está usted muy estresado: ¿por qué no se toma unos días? —continuó mientras me ponía una mano en el hombro.

—¡No me toque!

—Calma.

—Voy a recoger mis cosas —le contesté y me di media vuelta. Me encaminé hacia la cabina de edición, donde poco antes estuvimos trabajando Manuel y yo.

Entonces lo vi: se trataba del editor Antonio Loera. La luz parpadeante de la televisión iluminaba su rostro. No podría asegurarlo, pero me pareció que se tocaba con lujuria mientras las espantosas imágenes y los gritos inenarrables de una ejecución que había mandado un cártel se sucedían en la pantalla.

—¡Maldito enfermo! ¡Esto lo tiene que saber el público!

Me fui de la cabina y recorrí los pasillos vacíos para ganar la salida, entonces me encontré a Espitia, quien me miraba fijamente: un aire helado se apoderó del edificio.

—Ernesto —dijo Espitia—. No cometa tonterías, usted ha firmado un contrato de confidencialidad.

—¡Déjeme pasar!

—No puedo hacerlo —dijo Espitia y comenzó a acercarse a mí, lenta y amenazadoramente. La puerta de la cabina de edición rechinó y vi que Antonio se acercaba, riendo y babeando. Ambos tenían la cara transfigurada: sus ojos eran como negros vacíos, sus fosas nasales se habían ensanchado y unos dientes puntiagudos y amarillentos asomaban por sus morros: semejaban unos cerdos endemoniados.

Entonces comprendí: eran los vampiros energéticos, las larvas que nos refiere la Biblia, los ráksasa de la religión hindú: seres repugnantes que se alimentan del miedo, de carne humana y comida podrida. Profanadores de tumbas, capaces de adquirir la forma de una persona.

De una patada rompí el vidrio de una caja empotrada en la pared en la que se encontraba un hacha y un extintor. Accioné este último disparando el contenido sobre el rostro de Espitia y corrí en dirección contraria blandiendo el hacha. Antonio trató de esquivarme, pero le partí la cabeza de un solo golpe.

II

El comandante Quiroz pidió que inyectaran a Ernesto Fernández y dejó la celda para entrevistarse con Juan Carlos Espitia, quien lucía preocupado.

—¿Y cómo está? —preguntó Espitia.

—Pobre muchacho, está completamente perdido. El doctor cree que su locura, que le ha llevado hasta el asesinato, fue desencadenada por los celos profesionales que le tenía a usted.

—Lamento no haberme dado cuenta a tiempo de que Ernesto tenía problemas psicológicos.

—Se pone como energúmeno cada vez que ve una cucaracha y, como usted sabe, esta cárcel es muy antigua y por más que fumigamos sigue infestada.

—¿Cucarachas?

—Dice que son demonios, larvas, ráksasa, que lo persiguen.

—Pero qué interesante.

—Sí, y muy triste.

—¿Ya terminó su turno?

—Sí.

—Venga, lo invito a tomar una cerveza. Quería proponerle un reportaje sobre los niños de la calle.

Juan Carlos Espitia le puso una mano sobre el hombro al comandante Quiroz mientras ambos se dirigían a la salida de la prisión. La noche era deliciosa y nada mejor que una buena cerveza al término de una larga y pesada jornada laboral.

ACERCA DE LA FÍSICA CUÁNTICA:
GUÍA PRÁCTICA CON PELOTAS Y DINOSAURIOS

Cierto, pasaron los años y el jugador estrella, así como la porrista de moda, ganaron unos kilillos de más. ¿Es justo? ¿Estás cansado de que los nerds, además de darte trabajo (muy mal pagado, por cierto) sean el centro de las reuniones y siempre se lleven a ese "alguien" tan especial haciendo gala de sus conocimientos de física cuántica? ¿El profesor Higgs o Stephen Hawking no contestan tus llamadas?

¡Deja de angustiarte! ¡Tenemos la solución a tus tribulaciones! En *Voluptuosidad es la palabra* nos hemos dado a la tarea de desentrañar los secretos del universo para ti.

¿Estás listo para este viaje por los confines de la realidad? Bien, comencemos por unas definiciones sencillas (no se preocupe, profesor Higgs, yo le explico a los muchachos, usted siga con el Gran Colisionador de Hadrones, no se me distraiga):

La física cuántica estudia el funcionamiento de partículas microscópicas como átomos y electrones, que se comportan como en una película de ciencia ficción ya que, contra lo que

creía Einstein y como ha demostrado Terry Pratchet en su serie *Mundo Disco*, Dios sí juega a los dados toda vez que experimentos como el de la doble rendija indican que las cosas pueden estar al mismo tiempo en un sitio y en todos los sitios del universo a la vez; además hay un límite que impone la realidad para lo que podemos conocer y no nos es posible predecir un evento con absoluta certeza; adicionalmente la realidad observada es diferente a la realidad que no se observa.

El gato de Schrödinger

Veamos el clásico ejemplo: tenemos un gato al que aislamos en una caja en cuyo interior se encuentra una probeta con cianuro a la que apunta un martillo que posee un mecanismo de control, mismo que se accionaría (rompiendo la botella de cianuro) si a un átomo le da por descomponerse radioactivamente.

Mientras tanto podemos decir que el gato está muerto y vivo a la vez, y a esto se le conoce como superposición cuántica.

Para apoyar y complementar lo anterior si disparamos electrones a una superficie con dos rendijas y observamos el experimento veremos que los electrones entran por la rendija a la que apuntamos y colisionan contra una pared interior, pero si dejamos de observar veremos, posteriormente, que el mismo electrón puede entrar por ambas rendijas al mismo tiempo o comportarse de otra manera, creando un patrón de interferencia con máximos y mínimos (lugares donde se acumulan los electrones y lugares que evitan).

Algunas aplicaciones prácticas

¿Cómo puedo aplicar esto en mi vida? No desesperes, amable lector. Mientras los científicos trabajan en los ordenadores

cuánticos tú podrías aprovechar tus conocimientos de física cuántica en situaciones como las siguientes:

Situación 1: Llegas de beber con tus amigos y te encuentras con que tu media naranja se ha enfurecido contigo:

—¡Borracho! ¡Poco hombre! ¡Te encanta tragar cagada con tus amigotes! ¡Bien me lo decía mi madre!

Es en este preciso instante en el que demuestras tus amplios conocimientos científicos y utilizando esa *voce calda e sensuale* que adormece el alma angelical de las mujeres dirás algo como:

—Pero querida, las mentes más brillantes coinciden en que si bien ahora me encuentro borracho estoy perfectamente sobrio en un universo paralelo.

Sin lugar a dudas tu muer se tranquilizará en un zeptosegundo y podrás referirle la historia del gran matemático Srinivasa Aiyangar Ramanujan cuyas ecuaciones, de ser completamente descifradas, podrían arrojar mayor luz sobre la física cuántica.

Tu esposa te mirará con ojos de borrego a medio degollar al ver que eres un hombre brillante y podrás referirle, por ejemplo, que al ver el número 1729 en un taxi Ramanujan descubrió, de un solo golpe de vista, que es el número más pequeño que se puede descomponer de dos maneras diferentes como suma de dos cubos. Pídele a tu adorable mitad su lápiz de labios y dibuja en la pared la ecuación que demuestra lo anterior:

Nueve al cubo más diez al cubo es igual a uno al cubo más doce al cubo, lo que es igual a 1729.

Situación 2: Llegas tarde a tu trabajo y el viejo panzón, calvo e hipertenso de tu jefe (que además está casado con una mujer horrorosa, lo que explica su afán de ser el primero en llegar a la oficina y el último en irse) te grita:

—¡Godínez! ¡Animal! ¡Nuevamente llega usted tarde!

Procede a abofetearlo, aplícale un rodillazo entre las piernas, orínate encima de él y sal tranquilamente de la oficina; en caso de que te despidieran no te preocupes: en un mundo paralelo tú eres el jefe.

Teoría de cuerdas

Todo está compuesto por hilos de energía (cuerdas). Igual que una cuerda vibra y produce diversas notas estos hilos vibran y crean todo lo que existe.

Se estima que hay millones de universos paralelos (en uno de ellos sí saliste con la güerita de quinto) y por lo menos 11 dimensiones, distribuidos en una serie de curvaturas y pliegues que se forman en el tejido espacio-temporal.

¿Sigue sin caerte el 20? ¡No te preocupes! ¡Es hora de utilizar contra los nerds sus propias armas! Renta o compra ahora mismo la película de dibujos animados *Justice League: Crisis on Two Earths* (*La Liga de la Justicia: crisis en dos mundos*), de DC Comics, que te resumimos a continuación:

Crisis en dos tierras

En un universo alternativo un Lex Luthor y un guasón heróicos aparecen robando el Disparador Cuántico, un dispositivo para activar una bomba de energía pura, pero son descubiertos por miembros de dicho sindicato y el Guasón muere en el proceso.

Lex Luthor escapa de la cámara de seguridad para enfrentarse con los jefes del Sindicato del Crimen: Ultraman (contraparte de Superman), Owlman (contraparte de Batman), Johnny Quick (contraparte de Flash), Ring Power (contraparte de Linterna Verde) y Superwoman (contraparte de la Mujer Maravilla), y al verse en clara desventaja acciona un Dispositivo de Viajes Dimensionales que se las había

apañado para inventar, llega a la tierra de la Liga de la Justicia y convence a sus miembros de que lo ayuden, menos al amargado de Batman. Los miembros de la Liga y Luthor viajan a la vecina dimensión no sin que antes Lex esconda subrepticiamente el disparador cuántico en los cuarteles de la Liga de la Justicia.

Mientras tanto Owlman revisa la computadora de Lex Luthor y descubre que este resolvió el problema de coherencia, demostrando la existencia de tierras paralelas además de crear un dispositivo para viajar entre ellas.

La Liga y Luthor aparecen de la nada, Owlman le pide a su novia que los detenga para apoderarse de los datos de la computadora y crear su propio Dispositivo de Viajes Dimensionales. Superwoman golpea a Luthor y luego la emprende contra Superman mientras todos babeamos al mirar sus piernas enfundadas en negras botas que le llegan hasta medio muslo y etcétera, etcétera, etcétera.

Uf, nos saltamos varias escenas hasta llegar a una donde los psicópatas enamorados filosofan en el departamento de él. Owlman le explica a Superwoman que cada decisión que tomamos carece de propósito porque en algún lado, en una tierra paralela, tomamos la decisión opuesta:

—Somos nada, menos que nada —dice, tajante.

Ella trata de convencerlo de lo contrario argumentando que son ricos y conquistadores, pero Owlman le muestra un holograma con varios mundos y afirma:

—Y aquí somos pobres, somos esclavos; y aquí nuestros padres nunca se conocieron, así que no nacimos; aquí el mundo terminó en una guerra nuclear; aquí, ningún pez fue valiente para arrastrarse a tierra y los humanos nunca evolucionaron y así, hasta el infinito.

Ella le dice que aunque destruya el mundo no habrá ninguna diferencia, pero Owlman vuelve al ataque:

—En algún lugar del multiverso hay un mundo que llamo Tierra-Prime. Cada tierra es una variación de ésta, la original, y cuando la destruya, seguirá toda la realidad.

Ella lo besa, excitadísima, y promete ayudarlo, luego va a la dimensión de la Liga de la Justicia por el Disparador Cuántico donde se enfrenta con Batman, quien a pesar de llevarse la peor parte la sigue hasta su propia dimensión donde consigue reducirla merced a unas bombas de gas anestésico.

Luego de una serie de peleas secundarias los miembros de la Liga de la Justicia llegan hasta la base del Sindicato del Crimen, ubicada en la luna, donde asistimos a un delirante intercambio de golpes donde, *shit!, shit!, shit!,* Superwoman se lleva la peor parte.

Owlman consigue patear en el trasero a Batman y se transporta con la bomba de energía a Tierra Prime para destruir toda la realidad. Todos quedan aterrorizados, incluyendo a la mayoría de los miembros del Sindicato del Crimen.

En este momento conviene ir rápidamente al frigorífico para incrementar la emoción, no importa si te encuentras en calzones y en sandalias y el grupo de oración dominical se encuentra reunido en la sala. Deslízate sobre los Blu-ray de *Twilight* (*Crepúsculo*), apodérate de un par de cervezas, una bolsa de papas con salsa valentina e ignora las protestas de las beatas del barrio mientras te deslizas de regreso a tu cuarto, donde te encerrarás con la mayor celeridad posible y quitarás el botón de pausa. Proseguimos:

Batman encuentra las coordenadas de Tierra-Prime, convence a Johnny Quick de que es más rápido que Flash a fin de que vibre y genere la energía necesaria para trasladarse a Tierra-Prime (en el proceso Johnny Quick envejecerá y morirá, como bien sabe Batman) y llega a un mundo desolado.

Con una voz demente y tranquila (interpretada por James Woods) Owlman le explica a Batman que con la ilusión del libre albedrío surgió el caos toda vez que con cada decisión tomada se genera un mundo y la historia se bifurca creando

una tierra donde tomamos esa decisión y una donde no, con lo que se generan tierras infinitas:

—El hombre es un cáncer: he decidido erradicar la enfermedad.

Owlman le patea el trasero a Batman muy a su sabor, pero en el último momento El Murciélago ata a la bomba de energía a Owlman con uno de sus batiartefactos y le dice:

—Hay una diferencia entre tú y yo: ambos miramos al abismo… pero cuando el abismo nos devolvió la mirada tú pestañeaste.

Batman envía a Owlman con todo y bomba a un mundo helado donde el psicópata ve correr el tiempo del reloj: podría abortar la cuenta regresiva y morir lentamente en ese mundo helado; en cambio sonríe y dice:

—No importa.

La explosión acaba con ese planeta helado.

El resto de la película no tiene nada que ver con la Física Cuántica. Espero, amable lector que esta guía te sea de utilidad y que con estos conocimientos teóricos te sea posible construir un Dispositivo de Viajes Dimensionales. Lamentablemente no te puedo pasar los planos del mío toda vez que comparto la patente con el profe Hawking.

EL ÚLTIMO HOMBRE DEL MUNDO

Como todos los poetas Ratón era, en el fondo, una persona muy desagradable, y se sentía hecho a mano: había conocido los espacios enormes de la soledad y se creía infalible, inmune a ella. Todo fue que Ratona partiera a un viaje lejano para que la casa se le llenara de fantasmas y el vino se le volviera amargo.

El ambiente de la casa era insoportable, los libros unos bichos negros y horribles que poblaban de dementes alaridos los rincones oscuros y helados.

Ratón estaba loco: trepó al techo para gritarle a los demonios que cruzaban los cielos infinitos, cenicientos; pero ellos lo ignoraron.

—¡Maldita sea! —dijo Ratón—. ¡Esto se está poniendo helado!

Ratón metió unos leños a la estufa de hierro y se dijo a sí mismo que las tardes de los poetas estaban hechas de horizontes apacibles y callados.

Pero los objetos le gritaban.

Ratón decidió hacerse unos huevos estrellados para comerlos junto al fuego y acompañarlos con una taza de

café: la idea se le antojaba hogareña y acogedora; pero al romper los huevos las yemas amarillas se volvieron unos ojos terribles, como soles fríos de paisajes alienígenas: eran los ojos enlunados de una diosa terrible, transida de apetitos insondables.

Ratón —ya lo dijimos— estaba loco. Ratón subió las escaleras para alcanzar las almenas de su castillo hecho de sombras y tristeza, para contemplar los cielos cruzados por cometas errantes, por la luz artificial de artilugios dementes, puestos en órbita.

Y el abismo del tiempo y el espacio le atraparon: era el último hombre flotando en una estación muerta de un satélite muerto que giraba alrededor del cadáver de un mundo, escuchando su propia respiración mientras miraba la escarcha que se iba formando en el cristal de su casco a la vez que erraba entre instalaciones suspendidas, entre chatarras, servo mecanismos de un mundo fenecido.

El último hombre pulsó el botón que habría de prodigarle la última dósis de un alcaloide futuro que no alcanzaba a consolarlo.

El sistema aún le brindaría unas horas de calor; pero lenta e inexorablemente el Universo, para él, se iría desvaneciendo.

EL HOMBRE QUE ODIABA A SANTA:
A MERRY CHRISTMAS STORY

—¡Aquí Águila 15! ¡El objetivo se aproxima a las 11 y media a un kilómetro en medio de un fuerte contingente armado! ¡Repito! ¡El objetivo se aproxima a las 11 y media a un kilómetro en medio de un fuerte contingente armado! ¡Cambio!

—¡Aquí Águila 1! ¡Aguarden la señal de Águila 15 para abrir fuego a discreción! ¡Repito! ¡Aguarden la señal de Águila 15 para abrir fuego a discreción! ¡Cambio y fuera!

Jhon McCoy sonrió mientras esperaba la señal de uno de sus hombres, la cual le indicaría que Santa Claus y sus colaboradores se encontraban dentro del rango de tiro de la veintena de hombres que había dispuesto en los tejados.

Aún recordaba esas mañanas amargas en las que se encontraba con un mugroso yo-yo debajo del árbol navideño o, lo más aterrador, con un poco de ropa. ¿A quién demonios se le ocurría regalarle ropa a los niños en Navidad, en lugar de los muñecos o la bicicleta que esperaban con tanta ilusión? Además el viejo goloso siempre se comía las galletas que McCoy le había dejado como muestra de buena voluntad.

Jhon McCoy le dio un trago a la botella de whisky que le hacía compañía para soportar mejor el frío de la madrugada, le dio una calada a su habano y presintiendo la tormenta que se avecinaba empuñó su rifle de alto poder equipado con mira telescópica.

—¡Aquí Águila 15! ¡El objetivo se encuentra dentro del rango de tiro! ¡Repito! ¡El objetivo se encuentra dentro del rango de tiro!

Una veintena de hombres, escondidos en las chimeneas, se alzó empuñando rifles de alto poder y la noche se llenó con el fragor de una serie de ráfagas de fuego y destrucción.

Jhon McCoy localizó a Santa y de un certero disparo alcanzó a Rodolfo por lo que el resto de los renos entraron en pánico y el trineo cayó estrepitosamente sobre uno de los tejados.

Los duendes de Santa, armados con sus AK-47 descendieron de sus propios trineos y repelieron la agresión, derribando a muchos de los francotiradores, quienes caían en una lluvia de sangre, tejas y ladrillos de chimenea.

El gélido aire olía a pólvora y a sangre: Pedro el Negro (Zwarte Piet) había organizado muy bien la defensa ya que en muchas ocasiones se habían topado con atentados similares, encabezados por fundamentalistas que consideraban a Santa una figura de raíces paganas, por musulmanes que odiaban a occidente o militantes de izquierda que lo acusaban de haberse convertido en un portavoz de la Coca-Cola y por lo tanto del capitalismo.

Arrastrándose lentamente McCoy localizó a Pedro el Negro, quien se encontraba en el tejado vecino rugiendo órdenes y soltando palabrotas a los duendes mientras disparaba dos subametralladoras Uzi. De pronto McCoy se levantó, tomó impulsó y saltó la calle que lo separaba del principal ayudante de Santa.

Las botas militares de McCoy cayeron con estrepito en el techo en el que se encontraba Pedro el Negro, quien volteó con ansias asesinas, pero McCoy se le adelantó

empuñando su cuchillo de combate, que se hundió sin piedad en la yugular de Zwarte Piet.

Mientras caía Pedro el Negro miró el rostro salvaje de McCoy, cruzado por una enorme cicatriz.

Sin la dirección de ZwartePiet los efectivos de McCoy comenzaron a imponerse a los duendes. McCoy encendió un habano, que mordió con ferocidad mientras se encaminaba a los restos del trineo de Santa cerca del cual un enorme saco, del que se había salido un montón de juguetes relucientes, yacía en el suelo.

—¡Santa! ¡Maldito perro! ¡Muestra la cara!

De pronto Santa salió del trineo disparando sus Smith & Wesson con una habilidad que casi le costó la vida a McCoy, quien consiguió guarecerse de la lluvia de plomo ardiente tras una gárgola de piedra que algún tipo de gustos trasnochados instalara sobre su complejo de departamentos baratos.

—¡Santa! ¿Me recuerdas? ¡Soy Jhon McCoy, el que siempre te pedía una bicicleta y el muñeco de Skeletor! ¿Qué te hubiera costado, cerdo egoísta?

—¿McCoy, el hijo de irlandeses que emigraron a Argentina? — preguntó Santa pues, como ya sabemos, el tipo tenía una memoria prodigiosa.

—¡El mismo!

Santa soltó una carcajada:

—¡Argentina no se encuentra dentro de mi jurisdicción! ¡Los países jodidos de la América Española le corresponden a los Reyes Magos! ¡Ja ja ja! ¿Qué te regalaron esos cabrones, muchacho? ¿Ropa? ¿Un yo-yo?

Un grito desgarrado salió de la garganta de McCoy, quien abandonó la protección de la gárgola y abrió fuego sobre el trineo de Santa, desparramando un montón de esquirlas; pero Santa había cambiado subrepticiamente de posición y le disparó a McCoy quien, merced a la habilidad conseguida como veterano de muchas guerras se lanzó de costado sobre el suelo helado y mientras se deslizaba vació los cargadores de sus Pietro Beretta.

Si *Voluptuosidad es la palabra* fuera una de los estudios de Hollywood veríamos a Santa cayendo en cámara lenta, en medio de un baño de sangre y fuego mientras sus barbas ondeaban, pero como no es más que un blog bastante jodido, como bien dijera Santa de toda la América Española, tendremos que prescindir de los efectos especiales recurriendo, una vez más, a nuestra imaginación.

Santa soltó un borbotón de sangre que manchó sus blancas barbas. Los copos de nieve caían sobre él mientras que una figura se recortaba contra una de las luminarias. Era McCoy quien, sosteniendo sus pistolas automáticas aún humeantes, señaló:

—¡Así que los Reyes Magos! ¡Esos cabrones no se escaparán!

Lamentando una vez más haberse tardado en emigrar a los Estados Unidos Jhon McCoy enfundó sus Pietro Beretta y luego de extraer un puro de uno de sus bolsillos, que encendió con un zippo, se alejó lentamente: Santa Claus se desangraba.

OBSESIÓN POR LA FRAGANCIA

Cuando llegó mi cigarro electrónico, un itaste CLK 1280, me pareció que tenía entre mis manos una bellísima pieza de alta tecnología, algo que solo podía provenir del futuro.

El claromizador contaba con una boquilla transparente que lanzaba reflejos cristalinos y que se adaptaba perfectamente a la batería, en la que convivían tonos cromados y un esmalte aperlado herido por líneas que semejaban circuitos y extrañas figuras geométricas.

¡Dios mío! ¡Esa cosa podría haberla dibujado el mismísimo H. R. Giger en un acceso de demencia! Diríase un artefacto diseñado por una civilización más allá de las estrellas para que reyes y emperadores decadentes vaporizaran sustancias alienígenas en sus palacios de ámbar, coral, ónix y cristal.

Fumé mi último cigarrillo analógico (lo siento, Marlboro Man, pero tu época pasó, supongo que Wilde y hasta Bukowski lo hubieran entendido) mientras contemplaba el artefacto. Decidí detenerme en un parque, pulsé el botón de encendido y aspiré el vapor con sabor a tabaco: había dejado de ser un apestoso fumador para convertirme en un perfumado vapeador.

Al principio resultaba extraño que no terminara el día tosiendo como Chopin, que mi ropa no oliera a tabaco y que en lugar de humo azul soltara volutas de vapor blanco: era como exhalar nubes.

Un día mi hermana y yo nos quedamos con hambre y luego de acabar nuestras porciones nos comimos la hamburguesa, las papas y los aros de cebolla de mi cuñado Alonso, por lo que tuve que ir a comprar más.

Mientras caminaba entre nubes de algodón en el estacionamiento, que se había transfigurado en un paseo por un universo alternativo y sedante, me encontré a un colega vapeador.

¡Dios mío! ¡No estaba solo en el Universo! Casi con lágrimas en los ojos le dije:

—¡Pero qué cosa tan maravillosa es esto del cigarro electrónico! Nada que ver con los primeros cigarrillos de plástico que a las tres caladas se sobrecalentaban y sabían a trapo quemado.

—Y que lo digas, dear —respondió ese santo varón mientras exhalaba una nube de exóticos perfumes con resonancias de habitaciones de jade, transidas de cojines y lánguidas mujeres orientales que soñaban bajo un cielo violáceo en el que volaban carruajes de formas caprichosas, tirados por insectos enormes de alas multicolores y translúcidas.

—Perdón, ¿qué está vapeando usted?

El santo varón me dedicó una mirada llena de compasión y dijo:

—Dear! Por lo que veo recién has comenzado la senda del vapor y todavía utilizas líquidos sabor tabaco, Marlboro, supongo.

Me sentí como si hubiera declamado un texto de Mario Benedetti o alguna guarrada por el estilo en una fiesta de máscaras convocada por Casanova.

—Hijo mío —susurró bondadosamente ese santo varón mientras posaba su mano derecha en mi hombro—. No te

culpo: la Coespris (Comisión Estatal para la Protección contra Riesgos Sanitarios), dirigida por los absurdos, ineptos y lamentables políticos y chambones que tienen secuestrado a este desgraciado país, ha prohibido la venta de cigarros electrónicos y continúan recomendando sus parches y chicles que, en lo que a mí respecta, podrían meterse por cierta parte anatómica que el pudor me impide nombrar.

Admirado ante tanta sabiduría le di una calada a mi narguilé electrónico; el santo varón hizo lo mismo, volteó hacia los lados para asegurarse de que nadie lo escuchaba y me dio una tarjeta que tenía un unicornio de color azul eléctrico sobre un fondo de ópalo.

—Si tomas la calle Jardines en dirección al parque Las Fuentes deberás seguir la estrella de la tarde sin desviar tu camino: en breve encontrarás un Oxxo, doblarás a la derecha y verás una casa con este unicornio dibujado en una de las puertas de la cochera.

Agregó que dijera que iba de parte del doctor Xandor y que debía buscar la casa durante el crepúsculo ya que, al igual que el departamento de Erick Zann, ubicado en la Rue d'Auseil, la calle de Las Flores se encontraba en una intersección dimensional y me sería imposible encontrarla a otra hora.

Agradecí al santo varón, recogí mi pedido y me fui de ahí, ocultando la tarjeta, temeroso de que se desvaneciera o de que los dioses malignos, que parecían observarme con perversas intenciones desde las parpadeantes estrellas, me la arrebataran.

Al día siguiente obedecí todas las indicaciones: tomar la calle Jardines durante el crepúsculo en dirección al parque Las Fuentes mirando la estrella de la tarde hasta encontrar un Oxxo, donde doblé a la derecha y vi una casona con un unicornio dibujado en una de las puertas de la cochera.

Estacioné el coche, subí la escalinata de cantera y pulsé el timbre, que me devolvió una siniestra melodía de campanas.

La puerta se abrió y una muchacha que llevaba un vestido verde entallado, con amplias aberturas en las piernas, me dijo:

—Bienvenido, soy Absenta González: lo estábamos esperando.

La seguí por los pasillos revestidos de mármol de Carrara. A lo lejos se escuchaban las gélidas notas de un clavicordio.

Finalmente llegamos a una estancia donde un tipo igualito a Andy Warhol jugaba ajedrez con dos muchachas que llevaban vestidos idénticos al de Absenta González, solo que uno era de color escarlata (Ana Merlot) y otro lapislázuli (Jennifer Curasao).

En unas vitrinas tenían líquido para vapear de distintos aromas: tabacos oscuros, rubios, turcos; chocolate, café, almendras; cereza, fresa, kiwi y frutos exóticos; solo faltaba Dustin Hoffman con una peluca empolvada, vestido al puro estilo del siglo XVIII, agitando un pañuelo perfumado.

Absenta González me pasó un narguilé electrónico y pude disfrutar de diversos sabores: yo me los quería llevar todos.

—Estos aromas son deliciosos —le dije al tipo que se parecía a Andy Warhol—, pero el doctor Xandor, quien me recomendó esta casa, vaporizaba fragancias más sofisticadas.

—Ah —dijo Andy Warhol sin levantar la mirada de su juego—, un vapeador exigente. Recordará usted que en su novela *El perfume* Patrick Süskind nos presenta al genio sublime Jean-Baptiste Grenouille, quien a lo largo de la novela nos mostrará la fuerza evocadora de los aromas, y cito:

Hay en el perfume una fuerza de persuasión más fuerte que las palabras, el destello de las miradas, los sentimientos y la voluntad. La fuerza de persuasión del perfume no se puede contrarrestar, nos invade como el aire invade nuestros pulmones, nos llena, nos satura, no existe ningún remedio contra ella.[1]

1 Debido a la pésima costumbre de prestar libros la novela no regresó a mis manos, así que me veo obligado a citar de un cuaderno de apuntes.

—Una novela excelente —contesté mientras miraba la deliciosa y variada colección de claromizadores—, una obra que explora el poder de los sentidos. El divino Wilde, por su parte, nos describe a Dorian Gray estudiando estos secretos:

Púsose entonces a estudiar los perfumes y los secretos de su fabricación, destilando óleos fuertemente perfumados o quemando gomas olorosas traídas de Oriente. Comprendió que no había ningún estado de ánimo que no tuviera su contrapartida en la vida sensorial, y se dedicó a descubrir sus verdaderas relaciones, queriendo averiguar por qué el incienso estaba hecho para los místicos y el ámbar gris para los trastornados por las pasiones, el violeta resucita el recuerdo de los amores fenecidos, el almizcle perturba la mente y el champaña colorea la imaginación, e intentó con frecuencia elaborar una verdadera psicología de los perfumes, calculando las distintas influencias de las raíces dulce-olorosas y de las flores cargadas de polen perfumado, o de los bálsamos aromáticos, de las maderas oscuras y fragantes, del nardo indio, que hace enfermar; del hovenia, que enloquece a los hombres, y del áloe, del que se dice que expulsa la melancolía del alma.[2]

—Delicioso Wilde —contestó Warhol y se dirigió, sin levantar la vista del juego, a la chica de verde—: Absenta, muéstrale la reserva especial, quizá un poco de nuestro preparado "Lord Dunsany".

Cuando vaporicé la reserva especial "Lord Dunsany" las volutas de blanco vapor comenzaron a volverse las olas de un mar helado que se fundía con el cielo: vi galeras imposibles cruzando las aguas que conducen a los mundos de los sueños, donde los comerciantes del ópalo de Tirish-Nah buscan, desesperadamente, el incienso de las junglas de Trun-Glar-Halvor, del que se dice que una sola voluta llena de felicidad a los dioses panzudos de las lejanas costas donde danzan, eternamente, las sacerdotisas de las lunas errantes.

2 Wilde, Óscar. Obras completas. Aguilar. Estado de México. 1991. p. 176.

¡Dios! ¡Y todos esos pendejos matándose pudiendo convertirse en príncipes persas por el módico precio que representa un narguilé electrónico!

Entonces comprendí mejor a Kavafis cuando dice, en su poema Ítaca:[3]

Que numerosas sean las mañanas de verano
en que con placer, felizmente
arribes a bahías nunca vistas;
detente en los emporios de Fenicia
y adquiere hermosas mercancías,
madre perla y coral, y ámbar y ébano,
perfumes deliciosos y diversos,
cuanto puedas invierte en voluptuosos y delicados perfumes;
visita muchas ciudades de Egipto
y con avidez aprende de sus sabios.

Las brumas comenzaron a desvanecerse y volví a ver a Absenta, la chica de verde, quien sostenía el narguilé electrónico con sus dedos finos, terminados en unas uñas arregladas con medias lunas a juego con su vestido.

—Cuidado —me dijo Warhol—, hay en la fragancia elementos inasibles, fantasmales, que nos hacen exclamar junto a Khayyam (leído en una bella edición en tapa dura luego de asaltar una librería en una noche de ofertas bárbaras):

La estación de las rosas, un arroyo que cruza entre un campo florido y tú. Quiero beber de nuevo, porque aquellos que beben cuando despunta el alba; nunca les preocupan iglesias ni mezquitas.[4]

---

[3] Kavafis, Konstantinos. 56 poemas. Mondadori. Madrid, España. 1998. pp. 23-24.

[4] Khayyam, Omar. Rubaiyat. Grupo Editorial Tomo. México, D.F. 2009. p. 75.

—Esto de las fragancias es una cosa terrible —contesté— como en ese texto de Baudelaire, *El jugador generoso*, que aparece en su florilegio *Pequeños poemas en prosa: el spleen de París*, donde describe una deliciosa parranda con el diablo:

Estuvimos durante largo rato fumándonos unos cigarros puros cuyo sabor y aroma incomparables infundían en el alma la nostalgia de países y dichas desconocidos.[5]

Ya no sé cuánto me gasté en líquidos para vapear: al salir de la casa del unicornio el cielo estaba lleno de lunas translúcidas y escarlata, lapislázuli, ámbar, en fin.

El gemelo —¡o el fantasma! ¡Dios! ¡Ya no sé!— de Andy Warhol me prometió un *e-liquid* con olor a lluvia sobre tierra, a musgo, a nixtamal, a recuerdos vagos, perdidos en la distancia.

—Te voy a vender, en breve, un *e-liquid* con la fragancia de una canción lejana, en medio de la madrugada.

Cargando mis *e-liquid*, que se me caían mientras bajaba la escalinata de cantera (misma que se había vuelto de ámbar) recordé que Charles Baudelaire había perdido el alma en una apuesta impía con el diablo quien, generosamente, le prometió:

Para compensar la pérdida irremediable de tu alma que has sufrido, te regalo lo que hubieras ganado en el juego si te hubiera favorecido la suerte, es decir, la posibilidad de aliviar y de vencer, durante toda tu vida, esa extraña dolencia que es el aburrimiento… te hartarás de voluptuosidades sin cansarte, en esos países encantadores donde siempre hace calor y las mujeres huelen tan bien como las flores.[6]

---

[5] Baudelaire, Charles. Pequeños poemas en prosa (el spleen de París). Edimat. Madrid, España. 1999. p. 157.
[6] *op. cit.* pp. 159-160.

Lo confieso, al igual que Baudelaire, al llegar a casa, caí de rodillas y recé:

¡Señor mío y Dios mío! ¡Haz que el diablo me cumpla su palabra![7]

Y es que el perfume es voluptuosidad, y *Voluptuosidad es la palabra*.

[7] *ídem*

LA LUNA ES ARTIFICIAL

El comandante Ylvar Schnarck, jefe de la muy desprestigiada Flota Interplanetaria 725, se encontraba bien pedote en una de las tantas lunas del planeta Yorg cuando recibió una llamada por parte del comodoro Sschvrill Rufaglarv, quien le ordenó:

—¡Animal! ¡Despiértate, maldito! Espero que estés lo suficientemente sobrio para cumplir una misión que he decidido encomendarte.

El comandante Schnarck consiguió incorporarse, le dio un trago a la botella del whisky púrpura de los mares de Adrrel Fvsfar y luego de encenderse un cigarrillo de la hierba roja de las pampas del planeta Klordarf se recompuso y dijo:

—¡Señor comodoro, a sus órdenes!

—Mi hijo Rasglarvarftrond tiene un proyecto en su clase de ciencias y luego de manipular genéticamente a unos simios para que desarrollen una inteligencia rudimentaria ha conseguido unos especímenes bastante curiosos, pero el maldito profesor lo va a reprobar porque al parecer el mugroso planeta carece de luna y los simios no pueden desarrollar una poética apropiada. Necesito que me hagas

un favor porque me voy a un crucero de placer por la Vía Láctea y me será imposible sacar este asuntillo.

—Señor, a sus órdenes —dijo el comandante Schnarck ya que no le quedaba de otra más que hacer ese tipo de encargos chafas toda vez que el comodoro lo solapaba en sus vicios y en su irresponsabilidad.

—Quiero que te lleves la luna viejita que se encuentra orbitando en Yorg y la dejes en el planeta 860264859MG.

—Considérelo hecho, señor.

—No me vayas a fallar, cabrón —dijo el comodoro, y colgó.

Con una mueca de fastidio el comandante Schnarck accionó los controles para acercarse a la vieja luna, misma que enganchó con un cable de la aleación metálica 753W87123 y procedió a remolcarla.

Y es que ya se sabe que la luna es un satélite artificial, según afirman los científicos rusos Mijail Vaisin y Alexander Shervakov, quienes lo han determinado porque solo el 30 por ciento de sus componentes coincide con los de la tierra, su antigüedad es de unos diez mil millones de años (contra la antigüedad de cuatro a cuatro mil 500 millones de años de los planetas de nuestro sistema solar) además de que antiguos escritores como Aristóteles, Plutarco y varios poetas olvidados hablan de una época prelunar.

Y fue así como el comandante Ylvar Schnarck se trajo la luna a fin de que los poetas pudiéramos cantarla y que hubiera mareas apropiadas.

EN UN MUNDO ALTERNATIVO

Como serio estudioso de la física cuántica y viajero interdimensional os platico lo que le ocurrió al Batillo en un universo paralelo, cuando viajó por primera vez en un avión con el entonces alcalde de Chihuahua, Juan Blanco.

El Batillo no se estaba quieto, pedía que le trajeran más cacahuates y esa comida que sirven en los aviones, además de otra copita, y no dejaba de mirarle las nalgas a las azafatas: el Batillo estaba de fiesta.

Como se trataba de un vuelo nocturno finalmente los pasajeros, que eran casi todos políticos y reporteros que se dirigían a la ciudad de México para alguno de esos absurdos cónclaves, comenzaron a protestar:

—¡Shhh! ¡Batillo! ¡Ya cállese y deje dormir!

—¿Si vieron? Que me he pillado la botella cuando pasó el carrito.

La azafata, bien gacha, fue y le quitó las bolsitas de cacahuates, que eran su alegría, pero no hubo poder humano para arrebatarle la botella, a la que el Batillo se aferraba como si en ello se le fuera el alma, por lo que se pactó con él que se estuviera calladito y se apagaron las luces.

El Batillo iba del lado del pasillo, junto al presidente municipal.

En eso los vio, junto a la ventana: unos dibujos que mostraban un monito simpaticón desmontando la ventana de la nave, quizá para tomar fresco y como el Batillo comenzaba a sentirse abochornado decidió respirar, por lo que se aplicó a seguir las instrucciones.

El Batillo jaló una palanca, el avión comenzó a despresurizar y el asiento del alcalde se vio arrancado de cuajo, con todo y alcalde, que se encontraba amarrado al sillón.

El Batillo reaccionó con celeridad y trampó al presidente de la corbata, antes de que fuera reclamado por los cielos.

—¡Batillo! ¡Batillo! ¡No me sueltes, Batillo!

El Batillo se aferraba a la corbata, pero ésta se le fue resbalando hasta que ocurrió lo inevitable: el presidente municipal fue absorbido por la oscuridad del cielo.

—¡Batillo! ¡Batillo! ¡Batilloooooo!

Merced a un gran esfuerzo el Batillo consiguió cerrar la portezuela y, con una agilidad de pensamiento envidiable, bajó una maleta del compartimiento superior para disimular la ausencia del alcalde. Una lucecita se encendió en la puerta de la cabina y una de las azafatas, componiéndose el saco, salió encabronadísima.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó.

—Je je je —dijo el Batillo, ensayando la más seductora de sus sonrisas—. Ya ve que me estoy portando bonito. ¿Sería mucho pedir un vasito de agua mineral con hielo?

La azafata, conmovida, respondió:

—Está bien, Batillo, ahorita mismo te lo traigo.

El Batillo suspiró: era toda una aventura eso de andar en los aviones.

FURIA DIONISÍACA

Como es muy fácil que el Ratón Malvado se deprima y se suba a los tejados a pensar, el Ratón Malvado se subió a los tejados y se puso a pensar, haciéndose las ilusiones de que fumaba con su cigarrillo de vapor mientras atisbaba la distancia.

El Ratón Malvado estaba triste y se decía cosas como:

—¡Dios! ¡Todo se ha terminado en mi vida! Además cada día que pasa me pongo más ruco y más feo, con menos oportunidades, más jodido, pues.

En esas estaba cuando un ruco, ¡un ruco, señores! ¡Se los juro!, me dijo con su voz aguardentosa:

—¡Elko! ¡Está hecho usted una señorita absoluta y total, de esas que se desmayaban en el siglo XVIII ante cualquier contrariedad!

Lo anterior, claro está, se traduce del inglés, con el propósito de brindar mayor comodidad a los muy distinguidos lectores de *Voluptuosidad es la palabra* (ante quienes nos quitamos el sombrero por su buen gusto).

Se trataba ni más ni menos que de Joe Cocker, quien sacó una botella de whisky y le pegó un trago. Luego de resoplar y echar tamaño eructo, señaló:

—Hijo, la tarde es joven, no está hecha para tristezas sino para emprender la siempre renovada aventura del rock.

El maestro comenzó a danzar con una furia endemoniada, como si fuera el mismísimo Diónisos y luego de pegar un tremendo "yeeeaaah!", saltó al tejado de la casa vecina.

Yo quería un trago así que, y eso que me lo pensé, me decidí a saltar al otro tejado, diciéndome:

—¡Bah! Si el viejo ese pudo saltar, ¿por qué no podré yo?

Con menos gracia que él aterricé en el techo del vecino donde, por fin, el maestro me ofreció un trago.

—Hijo, ¿qué te pasa?

—Es que no me comprenden, maestro.

—Ñoñadas. Yo ando en esto del *rock & roll* desde los 15 años de edad, participé en Woodstock y sigo en el ajo. Como diría Jesús Chávez Marín, a quien leo con mucho placer, no seas Yolandita. ¿Tanto la quieres? ¡Pues aplícate, huevón! ¡Vence al tiempo y la distancia!

Los músicos comenzaron a tocar (un día les explico, merced a la física cuántica, cómo es que los músicos comenzaron a tocar), el caso es que el maestro y yo, compartiendo esa maravillosa botella de whisky nos pusimos a bailar mientras cantábamos, a todo pulmón:

And her heart said: "fire it up!"
and her soul said: "fire it up!"
and her mind said: "fire it up!"
Let love live again.

Lo estábamos pasando chévere, pero al parecer los vecinos, esos insufribles filisteos, le hablaron a la policía, y luego de orinarnos en ellos y de que se desplegara todo un operativo de los grupos especiales que sería muy enojoso consignar aquí consiguieron someterme (mera superioridad numérica), me bajaron del tejado y me metieron a la patrulla, esposado.

Los muy pendejos no podían ver a Joe Cocker, quien me cerraba el ojo mientras los dos cantábamos, en complicidad:

And her heart said: "fire it up!"
and her soul said: "fire it up!"
and her mind said: "fire it up!"
Let love live again.

LA TIERRA ES HUECA

Ya se sabe que los miembros de la aristocracia somos descendientes de los anunnaki y que tenemos un plan de dominio, el Nuevo Orden Mundial, de ahí que cuando parece que publicamos puras estupideces en las redes sociales en realidad nos estamos comunicando con un complicado sistema de símbolos matemáticos que sería muy enfadoso, además de que no me lo permitirían, explicar aquí.

Fue así como el rey de España, Juan Carlos II, me hizo una llamada telefónica para invitarme a cazar pterodáctilos en el mundo interior, ya que estaba harto de que los periodistas lo señalaran por su afición a matar elefantes.

Viajamos a bordo del avión personal del rey hasta el llamado Polo Norte y luego de atravesar las tierras heladas admiramos el resplandor del sol interior en el valle paradisíaco por el que se accede a dicho mundo.

Nos acompañaban en la expedición El gran cazador Blanco, Allan Quatermain; Chuck Norris, quien no necesita presentación y; don Pablos, el asistente personal del rey, un enano patizambo que se encargaba de cargar las armas de su

majestad, encenderle sus puros y pasarle la petaquita en la que llevaba algún excelente licor.

Cuando el avión aterrizó comenzamos el descenso al valle sirviéndonos de cuerdas y al llegar al mundo interior, donde el horizonte se curva hacia arriba, nos deslizamos furtivamente entre la espesura, para evitar que nos detectaran los arianni, raza que domina esas tierras y que no está muy contenta con la humanidad desde la detonación de las bombas de Hiroshima y Nagasaki.

Aunque la mayoría de la gente se traga las mentiras oficiales de que el Polo Sur y el Polo Norte existen, en lugar de los huecos por los que se accede al mundo interior, basta mirar las fotografías publicadas por la misma NASA donde se pueden ver parches en los supuestos polos; al parecer son tan imbéciles y no se les ha ocurrido meter un buen Fotoshop.

El que dude de la veracidad de que la tierra es hueca puede investigar acerca del almirante Richard Evelyn Byrd, Gran Canciller de la Órden de Lafayette y de la Cruz del Mérito de la Marina Americana y de las Ciencias, o sea que no cualquier pendejo, a quien el gobierno de los Estados Unidos ordenó guardar silencio sobre sus descubrimientos, que ya había dado a conocer parcialmente en algunos medios de comunicación; no obstante el almirante escribió un diario en el que consignó sus aventuras.

Pero volviendo a nuestra propia experiencia evitamos a los mamuts y las ciudades de cristal de los arianni y nos internamos en un bosque tropical hasta llegar a un sitio donde los pterodáctilos volaban apaciblemente.

—¡Joder! —dijo el rey Juan Carlos II mientras me daba un manotazo en la espalda— ¿Qué te dije, pariente? —y es que al rey le gusta presumir de un lejano parentesco conmigo que supuestamente nos viene de la Casa de la Cerda— ¡Ahí loz tenéiz! ¡Que laz vamoz a cozer a perdigonazo a laz lagartigaz feaz ezas voladoraz, majo!

El rey se volvió a su asistente:

—¡Don Pabloz! ¡Venga hombre y pázeme el treinta zero zeiz!

Don Pablos procedió a pasarle el rifle a su majestad quien, con una puntería endemoniada abatió a un pterodáctilo.

—Su majestad se ha llevado la primicia —dije con sincera admiración.

—Esto hay que celebrarlo para que tengamos buena suerte en la cacería —dijo Allan Quatermain y don Pablos nos sirvió un licor exquisito que llevaba en esa enorme mochila que yo no sé cómo demonios podía cargar.

Apenas estábamos disfrutando de la libación cuando los pterodáctilos, muy inquietos por el estampido de la detonación, se pusieron como locos y sobrevolaban nuestras cabezas, amenazantes.

Entonces las cosas sucedieron vertiginosamente: un tiranosaurio rex salió de entre la espesura y devoró, ante nuestro horror, a don Pablos, quien apenas le sirvió de entrada, por lo que en seguida comenzó a perseguir a Allan Quatermain: El gran cazador blanco no tenía tiempo de utilizar su Henry 1860.

Los pterodáctilos iniciaron su ataque: Chuck Norris accionó la palanca de su Winchester de repetición, 1892; pero ésta se quedó atorada, por lo que no le quedó más remedio que defenderse a punta de patadas voladoras, causando gran mortandad entre esos bichos prehistóricos.

Su majestad se quedó pronto sin balas y quiso ponerse a salvo lanzándose a un río: fue un clavado perfecto desde lo alto de una roca; pero uno de los pterodáctilos alcanzó a atraparlo de su real pierna y se elevó por los aires; el rey gritaba:

—¡Ratón! ¡Ratón! ¡Záaalvameeeeee!

Aunque yo me había paralizado por la rapidez de los hechos conseguí reaccionar y empuñé mi Benelli Argo "E" con mira telescópica: tuve suerte y conseguí alcanzar al pterodáctilo en la cabeza, que murió en el acto y soltó a su

presa; el rey cayó en una enorme pila de estiércol de diplodoco lo que, si bien le molestó mucho, terminó salvándole la vida.

Mientras Allan Quatermain regresaba luego de perder al tiranosaurio vimos acercarse un platillo volador del que descendieron unos hombres altos, rubios y de ojos azules; uno de ellos utilizó un silbato, que no pudimos escuchar, y los pterodáctilos huyeron del sitio.

—¡Tenían que ser unos bárbaros del exterior! ¿Cuándo aprenderán? —dijo uno de los arianni, con acento alemán, mientras nos apuntaban con unas pistolas que parecían sacadas de una película de ciencia ficción, serie B; eso enfureció a Chuck Norris, quien tomó impulso para lanzar una de sus legendarias patadas voladoras; pero fue alcanzado por la descarga de una de esas pistolas y Chuck se retorcía en el suelo, mientras le bailaban por el cuerpo serpientes azules de energía.

Allan Quatermain accionó la palanca de su Henry 1860; pero también fue alcanzado por uno de esos temibles rayos. Por su parte el rey corrió la misma suerte cuando intentaba disparar su Pietro Beretta.

Nuevamente me había sido imposible reaccionar: de cualquier manera pensaban dispararme; pero el líder los detuvo, diciendo.

—¡Aguarden! ¡Es Elko Omar Vázquez Erosa! ¡El de *Voluptuosidad es la palabra*!

—¡Ah! —exclamaron en señal de reconocimiento y bajaron sus armas.

—¡Debería darles vergüenza! —nos dijo el líder— ¡A este paso van a acabar por destruirse ustedes mismos! No los queremos volver a ver por el mundo interior, así que los vamos a acompañar a la salida.

Ni siquiera dejaron que el rey tomara un baño, los muy canallas.

LA VIRGEN DE SCARLATTI

I

La habitación desordenada, las navajas de afeitar —llenas de sangre— sobre la mesita de noche; escucho mi respiración mientras mi cuerpo yace en el agua de la bañera.

El maullar de los gatos cuando se aman como demonios… en la noche.

Naturaleza humana: el motivo de un asesino de masas, el lujurioso escarlata de los campos de batalla.

¡Señor! ¿Acaso nunca va a terminar? Quizá preparaste tormentos más atroces en los insondables abismos del infierno donde se pudren las almas de los condenados, las harapientas almas de los condenados.

II

El tren se detuvo en una estación destartalada y bajé con mi tubo porta lienzos y una pequeña maleta. Entré a la estación para ver si conseguía un medio de transporte al cercano monasterio de Santa Elena; pero todo era abandono: entre

las vigas del vetusto edificio, que en algunos puntos permitían la entrada del sol, anidaban las golondrinas.

Una vez que se hubo alejado el tren solo se escuchaba el sonido del viento, que arrastraba los secos y espinosos rodamundos; de haber sabido me hubiera puesto ropa más apropiada, y no un traje de calle: mis zapatos terminarían llenos de polvo.

Comencé a andar por un camino de terracería cercado por postes torcidos y alambre de púas.

Mi nombre es Pedro Marconi, y la riqueza que me dejaron mis padres fue suficiente para evitarme el doloroso sopor de una vida laboriosa, mutilada en la medida exacta del reloj.

Nací, ¿cómo diría?.. nací entre sábanas de seda, y pese a que nunca desarrollé un talento definido, desde niño tuve el amor por las artes.

Toda mi pasión era rodearme de manuscritos y libros incunables, de estatuas, joyas, cristalería, vinos finos y mujeres cuya hermosura competía con las notas de un violín.

Soy un griego expulsado de su tiempo, un ávido contemplador de la belleza: viajero incansable por las rutas más inaccesibles, siempre en busca del placer… y la belleza.

Mientras me encontraba sentado en mi escritorio con una copa de merlot, revisando unos antiguos camafeos, me llegó una carta de José Hernández, el anticuario, en la que me decía que la legendaria *Virgen de Scarlatti* había aparecido en el Monasterio de Santa Elena y que los frailes estaban dispuestos a desprenderse de la obra por una suma elevada que destinarían a obras piadosas; en el acto decidí comprar el cuadro maldito.

III

Llamé a la pesada aldaba del Monasterio de Santa Elena, ubicado en medio de la nada, y poco después me abrió un fraile.

—¿Diga?

—Mi nombre es Pedro Marconi: busco al abad.

—Pase, el padre Domínguez lo recibirá en un momento.

Lo seguí por los antiguos y silenciosos pasillos, de factura española, hasta llegar a un despacho donde nos esperaba el padre Domínguez; el fraile se retiró mientras el padre Domínguez se levantaba para recibirme con un abrazo.

—¡Señor Marconi! ¡Hasta que lo conozco en persona! Lo esperaba; ¡pero tome asiento! ¿Necesita algo para refrescarse del largo camino?

—No se moleste, padre. El señor Hernández le envía saludos.

—¡Ah! El buen viejo, un excelente anticuario: fuimos juntos al seminario…

—Padre, el señor Hernández me dijo que está dispuesto a vender *La Virgen de Scarlatti*.

—En efecto —dijo con una sonrisa—. Comprendo que usted ama las bellas artes y este cuadro, estoy seguro que no le defraudará. Incluso hay quienes lo han comparado a La Giocconda por su exquisito trazo y expresión; sin embargo es mi deber informarle que en torno a la obra y a su autor circulan ciertas leyendas…

—Ridículas para un creyente y un hombre de cultura —contesté.

—Me alegra escucharlo —afirmó el padre Domínguez—; pero la suma es algo elevada.

—El señor Hernández me dio a conocer la cantidad, a la que anexo un donativo para que continúen con la santa labor que realizan entre los pueblos indígenas.

—¡Bendito Dios! —exclamó el padre Domínguez mientras sonreía y juntaba las manos—. Me imagino que querrá ver el cuadro.

—No quisiera parecer ansioso; pero se trata de *La Virgen de Scarlatti*, la única obra que queda del maestro Giovanni Scarlatti.

—Entiendo —asintió comprensivo el padre Domínguez—. Si es tan amable de acompañarme.

Lo seguí por un antiguo pasillo mientras él portaba una lámpara de aceite ya que el monasterio carecía de energía eléctrica; poco después el padre abrió la puerta de una habitación que semejaba un calabozo y de cuyas paredes de piedra colgaba un cuadro cubierto por un trapo lleno de polvo.

—Aquí lo tiene —señaló el padre Domínguez mientras retiraba el manto: tal como me había dicho José Hernández el marco no valía nada; pero la mujer retratada era de una belleza terrible que me trajo a la imaginación una tristeza infinita, una silueta recortada a contraluz en un túnel, imágenes demenciales… desesperanza.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el padre Domínguez ya que al parecer yo había sufrido un mareo.

—Sí… perdone —contesté—; es que esta pintura es tan sugestiva.

—Tal vez a ello se deben las leyendas; pero se le ve cansado: le indicaré su celda y haré que le lleven algo de comer.

IV

Me encontraba en mi celda de monje, amueblada únicamente con un crucifijo, un camastro, una silla y una mesita de noche, cuando la puerta se abrió y un monje gordo, de aspecto sucio y borracho entró con una bandeja en la que había un plato de comida, una jarra de agua y dos botellas.

—Buenas noches, señor Marconi: soy el padre López y le traigo la cena.

—Buenas noches, tome asiento por favor.

El padre López puso la bandeja en la mesita y se acomodó en la silla pues yo estaba sentado en la cama:

—Le traje una botella de vino y una de aguardiente: un licor fuerte que hacen los indios.

—Gracias, pero no tomo bebidas fuertes, con un vaso de vino…

El padre López tomó la botella y me preguntó:

—¿Le molesta?

—Sírvase, por favor.

El sacerdote bebió a morro mientras le escurrían hilillos de licor por las comisuras de los labios y, poco después, exhaló un gemido de gozo mientras se limpiaba los restos del líquido con la manga de su hábito.

—¿Así que usted es la persona que adquirió el cuadro? —volvió a la carga el religioso.

—En efecto, *La Virgen de Scarlatti* es una obra…

—¡Virgen! ¡Ja! ¡Ese súcubo una virgen! ¡Voto a Satán! Si está hablando nada menos que de la imagen de Lilith, la primera mujer de Adán —afirmó.

—No creo en esas supersticiones ni doy crédito a los *Evangelios Apócrifos* —contesté.

—La desgracia del hombre moderno es su incredulidad aunque, por fortuna, la misma grosería de nuestros tiempos le ha cerrado el camino a muchos artistas.

—Pero…

—Lamento escandalizar a un esteta refinado como usted —me interrumpió el sacerdote—; pero es cierto. Las obras de arte son peligrosas porque de ellas nacen fantasmas… formas de pensamiento, les dicen los hechiceros. Todos los poetas (por lo menos los verdaderos poetas) son hechiceros, ignorantes de su poder maldito. Lo mismo se puede decir de los grandes pintores, músicos y demás caterva de locos.

—No estoy de acuerdo con esa opinión…

—¿Por qué cree que los artistas se dejan morir de hambre en lugar de convertirse en miembros productivos de la sociedad? ¡Porque viven en la plenitud lasciva de Satanás! ¡Ja! —el padre López bajó el tono de su voz hasta que se volvió un susurro y se me acercó de forma intempestiva y molesta—. Pero hay veces en que los creadores (famélicos demiurgos) liberan fuerzas que ya no

pueden controlar. Los ejemplos son muchos: Sheridan Le Fanu, ese escritor irlandés de historias de fantasmas que terminó aterrorizado por ellos; Maupassant, que se volvió loco, perseguido por demonios invisibles; Miguel de Santiago, artista de Quito, quien luego de crucificar a su modelo pintó en un paroxismo el *Cristo de la agonía*; pero ese cuadro que usted compró es la esencia demoniaca del arte.

"Cuando el padre Savonarola se rebeló ante la sensualidad de los Médicis e inició la quema de las pinturas, las estatuas y los libros, estaba buscando la producción de Scarlatti y de sus imitadores, e irónicamente solo escapó de la destrucción la peor de ellas. La Virgen. ¡Ja!"

El padre López volvió a servirse de la botella y comenzó a relatarme una historia demencial.

V

"Fue en el Renacimiento: Scarlatti abandonó Italia para procurarse sensaciones en el Medio Oriente, y en esas tierras olvidadas por Dios se entregó al desenfreno de impías ceremonias paganas."

"Se dice que bailaba desnudo, bajo las estrellas, en compañía de salvajes que adoraban a los antiguos demonios de Sumeria al ritmo frenético de los tambores, y en esas tierras lejanas encontró a una mujer que trajo consigo."

"Al regresar a su patria se encerró en su estudio, donde pasaba días y días pintando cuadros de esa mujer, además de intoxicarse con vino y excesos sensuales."

"Muchos cuadros pintó Scarlatti: cuadros de ciudades infernales, de demonios que causaban espanto, y en todos ellos aparecía Lilith."

"Finalmente abandonó el trato de sus semejantes y se dio a la tarea de pintar su obra maestra: el cuadro que usted posee."

"Y en una de sus sesiones infernales de arte, sexo y jugo de adormidera, Scarlatti captó la maldad infinita de Lilith y

comprendió la magnitud del pecado que representaba su amor por lo inexistente; cuando le dio los últimos toques a su pintura acaso su rostro se descompuso, dejó caer su pincel y huyó aterrado para perderse entre las calles."

"Pasó el resto de la noche relatando su historia en las tabernas, donde se cortó el cuello enfrente de sus amigos: Lilith, el súcubo que sedujo a Adán antes de que Dios creara a la primera mujer, había agotado los éxtasis del genio, y este decidió tomar un atajo al infierno."

"Nunca volvió a saberse de la diablesa".

"La historia se refiere en el capítulo prohibido, al que muy pocos han tenido acceso, de la *Vite de' più eccellenti architetti, pittori, et scultori italiani, da Cimabue insino a' tempi nostri*,[8] de Giorgio Vasari."

El padre López terminó su relato, le dio un enorme trago a la botella de aguardiente y me dijo, mientras sonreía de manera untuosa:

—Tenga cuidado con sus juegos, amigo, ¡buenas noches!

VI

Soñé que atravesaba la puerta de salida de mi celda para recorrer el largo pasillo del convento hasta llegar a unas escaleras envueltas en penumbra; al bajar me encontré en un túnel oscuro de cuyas paredes pendían dos antorchas: tomé una tea y continué adentrándome en la penumbra.

Se escuchaban los murmullos de unos rezos y gemidos, y una voz femenina dijo, claramente:

—*Lasciate ogne speranza voi ch´entrate*[9].

Entonces vi la silueta de una mujer a contraluz en el interior del túnel. Solté la antorcha, caí de rodillas y me llevé las manos a la cabeza al tiempo que emitía un alarido; un caleidoscopio de imágenes infernales me asaltó: contemplé

[8] Vida de los mejores arquitectos, pintores y escultores italianos.
[9] Perded toda esperanza vosotros que entréis.

interminables campos de batalla con ángeles empalados antes de que el tiempo asomara, y los presagios del horror de una ciudad sitiada.

Vi a las víctimas del escafismo, método persa de tortura consistente en un bote cubierto de tablones del que sobresalían las manos, los pies y la cabeza de las víctimas, que eran obligadas a tragar miel y leche, que se les derramaba por todo el rostro, hasta que los desgraciados defecaban en ese espacio tan reducido.

Sentí los tormentos de Mitrídates, a quien Artajerjes II condenó a tal suplicio y durante 17 días los insectos se abrieron paso a sus entrañas por el ano, formando colmenas en el interior de su cuerpo.

Fui testigo de las hogueras en las que ardían incontables víctimas en el nombre de los santos y los profetas, y por encima de los gritos de desesperación resonaban unas carcajadas femeninas que se me antojaban de metal.

Entonces comprendí que el universo estaba formado por mares y mares de angustia, de innombrable desesperación; por lancetas de agonía que se abrían paso en la carne y en el alma: desperté gritando, cubierto de sudor.

VII

—Lamento que sus negocios le impidan quedarse unos días más con nosotros, señor Marconi —dijo el padre Domínguez—. Me hubiera gustado mostrarle algunos sitios de interés en la zona.

—Le agradezco su hospitalidad, padre, y espero venir a visitarlo en otra ocasión —mentí. El padre Domínguez me extendió la mano:

—Será bienvenido. Por favor envíe mis bendiciones al señor Hernández.

Y mientras abandonaba el monasterio para tomar el camino de terracería que me llevaría a la estación destartalada vi que por uno de los amplios ventanales

enrejados asomaba el rostro del padre López, quien me miraba furioso mientras apuraba una botella de aguardiente.

El cielo se nubló repentinamente, amenazando lluvia, y cada uno de los postes torcidos del alambrado de púas que flanqueaba el camino se me figuraba la imagen de una mujer vestida de luto, con la cabeza cubierta por una negra capucha.

Y desde entonces no me abandonó: la veía en cada esquina de mi casa: me imponía su silencio constante y su mirada, esa mirada llena de belleza y, al mismo tiempo, del dolor infinito de los condenados.

—¡Lárgate! ¡Estoy harto de ti! —le gritaba mientras le arrojaba objetos que no la tocaban; luego me arrancaba los cabellos y lloraba como nunca antes había hecho.

Ni siquiera las drogas pudieron liberarme de su presencia, otorgarme un instante de olvido.

VIII

El maullar de los gatos cuando se aman como demonios… en la noche.

Naturaleza humana: el motivo de un asesino de masas, el lujurioso escarlata de los campos de batalla.

¡Señor! ¿Acaso nunca va a terminar?.. quizá preparaste tormentos más atroces en los insondables abismos del infierno, donde se pudren las almas de los condenados… las harapientas almas de los condenados.

LA MUCHACHA DE LOS OJOS AZULES

Había un calor espantoso y yo caminaba bajo los ardientes rayos del sol, que caían como plomo fundido y bla, bla, bla (favor de agregar los clichés de su gusto).

Entré a Supermart: era de agradecer la suave caricia del aire acondicionado, el suave y armonioso colorido de los anuncios que mostraban chicas sonrientes, palmeras de cartón que se alzaban sobre montañas de cerveza, barcos (también de cartón) rebosando de latas, edecanes vestidas con minifalda ofreciendo otras marcas de cerveza.

¡Dioses! ¡Concéntrate, Elko! Prometimos portarnos bien: vayamos por el pan.

Hasta eso que me porté bien lindo, no hice cosas malas: pedí el pan, unos quesos insípidos que prometían alargar —insípidamente— mi vida; una lechuga casi transparente (que me daba miedo terminaría evaporándose al primer rayo del sol) y un aderezo "orgánico".

Olvidé preguntar si se trataba de un batido de "órganos" diversos y, en caso de ser así, de cuáles "órganos" se trataba.

Como yo era uno de los primeros clientes las chicas que atendían las cajas, con sus lindos uniformes azules, se

encontraban platicando y parecía que posaban: me tocó la caja tres, número fatídico, y la muchacha me llevó casi de la mano.

Cuando casi lo había logrado me encontré que en la puerta de salida había una mesita con una muchacha de cabellos castaños y ojos azules sentada detrás de la misma, mientras que una tía con cara de caballo repartía volantes; la tía con cara de caballo me abordó para ofrecerme una tarjeta de crédito de la tienda:

—¿Me puedo llevar a la muchacha? —pregunté.

—Claro —dijo ella—, firme aquí.

No sé en qué estaba pensando puesto que le firmé.

—¿Y me la llevo nada más así?

—Por supuesto, caballero, ¿o quería entrega a domicilio? —contestó agriamente la tía con cara de caballo, así que tomé de la mano a Dulce María (así se llamaba) y me la llevé a la casa.

—¿Pero qué es esto, Elko? —exclamó mi madre al ver a esa muñequita de porcelana.

—Me la dieron en Supermart.

—Pues vas a tener que ponerte a trabajar porque yo no pienso mantenerla.

Y así fue: desde entonces los días transcurren atroces en la oficina, donde languidece el alma.

Además mi mamá me obliga a hacer horas extras porque, ¿cómo va a comer puras porquerías Dulce María, que es tan linda y se merece lo mejor?

Querido lector: si te ofrecen una muchacha de ojos azules en Supermart o en cualquier otro centro comercial huye como si te persiguiera el mismísimo demonio: no digas que no te he avisado.

UN DESAYUNO CON APOLO

A un lado de mi negocio, en las escaleras de Soriana Saucito que dan a la avenida Francisco Villa, todas las mañanas don Chuy, santo patrón de los crudotes, abre su puesto de barbacoa: le queda tan buena que los mismos dioses del Olimpo acuden a comprarle disfrazados de mortales.

Nada menos que el día de ayer me encontré con Apolo, cuyos briosos corceles piafaban enganchados al dorado carruaje del dios, si bien el vulgo solo veía un humilde Nissan.

—¿Qué es el hombre? El sueño de una sombra. Pero cuando un esplendor viene del cielo Él brilla en la luz y la vida es deliciosa —cité a Píndaro y Apolo se sintió halagado:

—¡Ahijado! ¿Cómo estás?

—Bien, padrino.

—Te mandan saludos las muchachas, menos Melpómene pues dice que la tienes muy olvidada y que ya escribes puras comedias en tu blog.

—Es que ya es bastante tragedia vivir en este país, pero dile que no se preocupe: este año pienso publicar mi trágica novela de vikingos.

—Yo le comento —contestó Apolo y prometió ponerme en buenos términos con la musa de la tragedia.

—¿Qué les vamos a servir? —preguntó don Chuy.

—A mí me pone cuatro taquitos de maciza, don Chuy, y dos de sesos —pidió el Musageta.

—¿Y a usted?

—Lo mismo que a mi padrino.

—¿Y de tomar?

—Una Sprite.

—Igual —pedí.

—Oye, padrino, todavía no despegan las ventas de mis libros. ¿Qué está pasando con ustedes?

—¡Ah, caray! Déjame veo. Tengo que hablar con mi contador porque ahorita tenemos un desmadre y el imbécil de Peña Nieto viene a complicar todos mis negocios en México con su horrible reforma fiscal. De veras que ustedes los mexicanos son unos pendejos, mira que votar por ese animal.

—A mí no me mires.

—Salen sus órdenes —dijo don Chuy y pasamos a la mesita para agregar verdura a los tacos. Apolo les puso bastante picante:

—¡Esta salsa me mata! —afirmó el dios—. Sí, hombre, tengo que andarme con cuidado si no quiero que truene el changarro como me pasó en Delfos, cuando la competencia se puso a enterrar cadáveres en mis jardines y Constantino nos dio la espalda.

Apolo se chupó los dedos con deleite, se llevó a la boca otro taquito y continuó:

—Oye, por cierto no traigo suelto, vas a tener que invitar el desayuno.

—Valiente protector de las artes estás hecho.

—¡Qué delicado me saliste! Ni siquiera los dioses estamos a salvo de tu lengua afilada.

—Bueno, no te enojes. Es más, para que veas que sigues siendo mi dios favorito le voy a encargar a don Chuy dos kilos de barbacoa con bastante verdura y salsa picante para que les lleves a las musas. Total ellas no me desamparan y, mal que bien, casi todos los días me mandan algo de inspiración.

—¡Híjole! ¡Te luciste! Sirve que se les pasa el enojo porque anoche me fui de parranda con mi hermano Dionisio. ¡A ver don Chuy, póngame dos kilos de barbacoa para llevar, con verdura y salsa aparte! ¡Paga mi ahijado!

—Enseguida se los pongo —señaló don Chuy.

Terminamos de comer, don Chuy le entregó su pedido a Apolo.

—¿Cuánto le voy a deber, don Chuy? —pregunté.

—Ahorita nos arreglamos con los billetes de lotería —contestó ese santo varón.

—Bueno, ahijado —dijo Apolo—, gracias por el detalle. En lo que se refiere a las ventas de tus libros yo me voy a ocupar personalmente, dame uno o dos días para ponerme al corriente.

—Vale.

Mi padrino se despidió y quedó muy formal con echarme la mano, pero no es de sabios confiar en las promesas de los dioses. Hasta me temo que un día se lleven al Olimpo a don Chuy con todo y puesto.

DAME UN "LIKE"

Antiguamente los dioses vivíamos del incienso, de pintorescos sacrificios que implicaban un cuchillo de obsidiana para acariciar tu axila, siempre sedientos de tu corazón.

Yo quisiera vivir en tu mirada, en tus recuerdos, en los momentos íntimos que te definen.

Quisiera que me amaras y que a pesar de todo los templos se llenaran de fragancias.

Tengo prodigios para ti, jardines que nacen de mi alma y de mis manos, del instante fugitivo; hazañas tremendas, sueños que nunca te atreves a soñar.

Te falta sacrificio.

Te falta decirme que mis ojos todavía son aterradores.

Dame un "like", para que siga viviendo en los jardines de tu imaginación.

LAS COPAS ENLUNADAS

El viejo laberinto tiene salas fascinantes, perfumadas, con jardines secretos donde fuentes de aguas multicolores reflejan constelaciones de otros espacios y otros tiempos.

Encontrábame ahí jugando una variedad intergaláctica del póker cuando el mismísimo demonio vio la luna reflejada en la epidermis escarlata del vino que contenía su copa.

—¡Cuidado con que te la bebas, diablucho de religiones nuevas! —le advirtió la Morrigan quien, acompañándome con un escote prodigioso mientras lucía unos cabellos negros, negros como las alas del cuervo, estaba encabronada.

—Pero mi amor —le dije, y ella fijó en mis ojos ambarinos los suyos que reflejaban batallas ancestrales y la verdad —he de confesarlo— me dio miedo y me callé.

El Diablo, cuyo título de dios le había sido escamoteado por aquello del monoteísmo —cosa que causaba irrisión entre los dioses oscuros de la antigüedad— se sonrojó, lo que ya era mucho decir, por cierto.

Morrigan anunció que iba al baño, y como es costumbre entre las féminas, le pidió a Hécate que la acompañara.

—Te encargamos nuestros bolsos, Ratón Malvado —dijo la Morrigan, me guiñó un ojo y no sin antes pedirme una margarita, se marchó en compañía de su amiga.

Pensé que la Morrigan traería en su bolso alguna cosilla interesante para aderezar mi embriaguez; pero el espantoso dragón tallado en el broche del cierre me gruñó y me lanzó dentelladas, además de sacarme la lengua, así que lo dejé por la paz: bien me decía mi padre que jamás me metiera con los bolsos de las mujeres.

—¡Elko! —dijo el Diablo—. ¡Échame la mano! Ofrécele estos corazones con chile chipotle al cabrón de Huitzilopochtli: ese hijo de perra me hace bullying y además de ser un viejo presumido sin templos activos de importancia siempre me pone en evidencia con la Morrigan: ¡Acuérdate de los favores que te he hecho!

Y como ciertamente le debía algunos favores y no hay que dejar morir a los compas le ofrecí las botanas a Huitzilopochtli, "Espejo humeante", quien por cierto los aceptó muy molesto con mi persona ya que decía que yo no descendía de los aztecas, sino de gentes que le habían tumbado el "changarro" en el nombre de un dios bien "chafa" que había fallecido de compasión, según había dado a conocer el tío Nietzsche.

Mientras el viejo mamón, quien por cierto no se cubría sus colgantes atributos de entrepierna, y despotricaba en contra de la Serpiente Emplumada, el Diablo se bebió la copa, con todo y luna.

Un grito desgarrador estalló desde los baños de las damas: la Morrigan se transformó en cuervos y su amiga Hécate en perros negros (como en el vídeo de Madonna); el Diablo se apoderó de una cajetilla de Marlboro Light mientras decía:

—¡Te debo una, cabrón!

El pobre protodios se internó en los pasillos del laberinto como si lo persiguieran la Morrigan y la Hécate —y es que sí lo perseguían—.

Desde entonces al Chamuco le faltan al respeto y hasta los musulmanes lo apedrean —y eso que se comió a Alá, su dios, originalmente un dios lunar—.

—¡Tsk! ¡Tsk! —susurró Apolo mientras tomaba una puntita de rapé—: Y lo que tendrías que decir, ahijado, de ciertos dioses arqueros —que nunca me ganaron al tiro al blanco y cuyos acólitos realizaron una arquitectura espantosa, para nada comparada con la que inspiré a mis chavalos— que a pesar de haber realizado humildes "chambas" de númen de los cereales —y a mí me consta que antes de divorciarse de Isthar, la vieja esa teñida de rubio platinado y con más piedras y lacas en las uñas que una vedette de gustos trasnochados y secretariales— le daba de latigazos por aquello de sus aficiones masoquistas.

Mi padrino estaba encabronadísimo con el susodicho dios, cuyos acólitos le habían tumbado la sucursal de Delfos, además de sembrarle los jardines de cadáveres.

Seguimos bebiendo.

IBRAHIM SCHLOME EN LOS INFIERNOS

Satanás se encontraba jugando a la baraja con Hetty Green, Jean Paul Getty, John Elwes, Homer y Langley Collyer, entre otros distinguidos avaros, cuando el demonio Mammón irrumpió en la sala del trono:

—¡Señor! ¡Ya llegó el avaro sobre el que le había comentado! ¡Vaya que tardó en morir el desgraciado!

Su Siniestra Majestad suspiró de puro alivio: sus arcas se encontraban vacías y necesitaba una inyección de dinero para continuar sus asuntos, así que pidió que hicieran pasar al avaro Ibrahim Schlome: se trataba de un viejo reseco que caminaba con desconfianza, mirando de reojo.

—Señor Schlome, bienvenido —dijo Satanás, luego se disculpó con sus compañeros de juego, a quienes despidió cordialmente.

—No esperaba este destino pues confiaba en que mis virtudes de hombre trabajador y ahorrativo me ganarían un premio en el Reino Celestial; no obstante el señor Mammón, aquí presente, me comenta que incluso en este

sitio es posible adquirir una suite con todas las comodidades siempre y cuando yo cuente con algo de dinero y como mi fiel esposa me prometió que me enterraría con toda mi fortuna estoy seguro de que podremos cerrar un trato.

—Efectivamente —comentó Satanás y se volvió a su colaborador—: Monsieur Mammón, ¿cuáles son los paquetes que ofrecemos a los socios distinguidos?

Mammón se caló unas gafas, pidió a su secretario (una salamandra delgaducha que llevaba un maletín) que le pasara unos trípticos en los que aparecían diversas propiedades; Monsieur Mammón procedió a leer:

—Diseñada con gran primor, la inmobiliaria ofrece una casa integrada a los acantilados con vista al Flegetonte, donde el afortunado propietario podrá ver los pintorescos resplandores de sangre hirviendo que alimentan a este río famosísimo por ser la última morada de los tiranos, asesinos, ladrones y culpables de violencia en general. Por un módico precio de 30 millones de dólares el comprador podrá disfrutar de un carro tirado por dragones para acceder a su mansión, sala de recepción, bar, un campo de golf subterráneo y…

—¡Pero qué barbaridad! ¡30 millones de dólares! Supongo que tendrán algo más económico —dijo Ibrahim, escandalizado.

—Bueno —continuó Mammón—, contamos con una cabaña lacustre en Estigia, donde el flamante propietario podrá disfrutar de los gritos de los iracundos, que se despedazan a mordiscos, y divertirse golpeándolos con los remos de la barcaza que va incluida y que conduce el célebre sir Walter Raleigh; a unas cuantas leguas de la ciudad de Dite, la cabaña, con un precio de 17 millones de dólares, ofrece…

—¡Esos precios!— se quejó amargamente Ibrahim—. ¡Yo estaba pensando en algo más económico! Soy una persona de gustos frugales.

—En ese caso contamos con un departamentito aquí en Pandemonium, la capital, por un millón de dólares. Es el precio más bajo para abstenerse de las penas del infierno —aclaró Mammón.

—¡Pero qué barbaridad! ¡Pero qué barbaridad! En fin, si no existe otra opción…

—Bueno —terció Satanás—. No se diga más: esto hay que celebrarlo con una banderita mexicana.

—¿Una banderita?

—Uf, ustedes los avaros no beben más que regalado. Una banderita se sirve en caballitos, o vasitos tequileros, y representa a la bandera mexicana: el verde está simbolizado por un caballito lleno de jugo de limón, el blanco por el tequila y el rojo por la sangrita, mezcla de jugos de naranja, mandarina, limón y tomate con chile seco, sal y un toque de pimienta; afortunadamente mi amigo Elko, el Ratón Malvado, me regaló unas botellas de tequila que guardo en mi reserva personal —dijo Satanás al tiempo que sacaba nueve caballitos y las botellas para servir la bebida.

Por su parte Mammón indicó a su secretario que trajeran el ataúd donde, de acuerdo con Ibrahim, la buena señora Schlome había depositado, íntegramente, la fortuna del tacaño.

Satán, Mamón e Ibrahim se sentaron a la mesa y procedieron a disfrutar de la banderita; el Señor de las Tinieblas se relamía los labios de puro gusto y como se encontraba muy contento dijo:

—¡Me encanta el tequila! Y ya que estamos bebiendo este exquisito aguardiente mexicano os voy a contar la historia del general Rodolfo Fierro, *El Carnicero*, lugarteniente de Francisco Villa, de quien se dice que en cierta ocasión ofreció a 300 prisioneros la oportunidad de escapar; el general Fierro, sin más ayuda que la persona que le cargaba las pistolas, se divertía de lo lindo cazando a los fugitivos; pero horas después le dijo a su ayudante:

—Sigue tú, que a mí ya se me cansó el dedo.

Los tres rieron la gracia del general; Satanás continuó su anécdota:

Con el tiempo las derrotas se fueron acumulando y en plena retirada el general Fierro se las apañó para llenar las alforjas de su caballo con monedas de oro, mismas que aún constituyen mi guardadito personal para comprarme mis "chuchulucos"; pero todo está tan caro y necesito renovar mi liquidez; el caso es que del cielo bajaban las primeras plumas de nieve: en su huida el general se vio ante la Laguna de Guzmán, en Nuevo Casas Grandes, Chihuahua, de poca profundidad, por lo que se negó a rodear y obligó a su caballo a cruzar la laguna, a pesar de las advertencias de sus hombres.

Satanás sacó una cajetilla de Marlboro Light, ofreció un cigarrillo a Mammón, otro a Ibrahim, tomó uno para sí y luego de encender los deliciosos cilindros, agregó:

—El peso del oro hizo que el caballo se hundiera en el fango y a pesar de que pidió a sus hombres que le lanzaran una cuerda y que obsequiaría con una bolsa de oro a aquellos que lo rescataran, a los Dorados de Villa no se les veían muchas ganas de auxiliarlo, así que el general se hundió con todo y oro.

"Según cuenta Paul Valery en *La lluvia de oro de San Antonio*, los hombres de Fierro exclamaban: "¡Lástima de oro!" "¡Lástima de caballo!", y agrega que del hombre nadie dijo nada.

Satanás le dio otra calada a su cigarrillo y miró con ojos lánguidos y soñadores el fuego de la enorme chimenea en la que ardían incontables huesos humanos; de pronto el secretario de Mamón, quien como ya dijimos era una larguirucha y flaca salamandra, regresó portando en la mano izquierda el ataúd de Ibrahim y en la derecha los acuses de recibo, sellados por Caronte.

Satanás tosió mientras exclamaba:

—Pero, ¿no se supone que el ataúd estaba lleno de oro y de joyas? Esperaba que lo transportaran entre cuatro o seis diablos forzudos.

El secretario de Mammón dejó el ataúd en una mesita, sacó su tablet de uno de los bolsillos de su horrible saco color verde esmeralda y dijo:

—Su majestad: como usted podrá leer en Internet el señor Ibrahim, cuyo nombre por cierto no se cita en la Web, efectivamente hizo jurar a su esposa, sobre las sagradas escrituras, que sería enterrado con toda su fortuna; pero la señora Schlome decidió depositar todos los bienes en su cuenta bancaria y enterró al avaro con un cheque, para que lo cobrara cuando quisiera.

El secretario de Mammón abrió el ataúd y sacó un cheque que entregó a Satanás, quien montó en cólera y de un manotazo derribó los caballitos de tequila, sangrita y limón:

—¡Maldita sea! Lo mismo daría que el ataúd estuviera lleno de pirita, "el oro de los tontos".

—Pero señor —dijo Ibrahim—, supongo que en el Infierno también tendrán bancos.

—¡Claro que los tenemos!, pero están quebrados desde que le hicimos un préstamo oneroso a Fausto, quien se nos escapó sin pagarnos los réditos; además le prestamos a los gringos, quienes poco a poco perdieron el respaldo en oro y ya ni siquiera estamos aceptando dólares como divisas, pues son puro papel que no sirve ni para el baño.

—¡Señor! Revise bien entre los ciudadanos del reino. ¿Qué no estará el rey Midas entre sus nuevos súbditos!

—¡Por supuesto que no, idiota! ¡En los tiempos del rey Midas todavía no estábamos operativos! Todas esas fortunas fabulosas se las llevaron los dioses paganos. Aquí ni siquiera tenemos poetas decentes —puras porquerías como Benedetti y otros payasos similares ya que Apolo, como dios de la poesía y las artes, reclama a todos los talentos y me veo obligado a comprar los libros de mi biblioteca en las editoriales del Olimpo—.

—Su majestad —Ibrahim intentó apaciguarlo una vez más—, ¿por qué no pide un préstamo al Fondo Monetario Internacional?

Satanás se santiguó al tiempo que exclamaba:

—¡Ni lo mande Dios! ¿Es que quieres verme en la miseria? ¡Llévenselo de mi vista! ¡Denle una enorme roca, para que la ruede por toda la eternidad, como corresponde a los avaros!

Del disgusto a Satán casi le dio un *surmenage* (ya se sabe que las personas distinguidas sufren de un *surmenage* y no de una crisis nerviosa, como los pobres diablos sin fortuna ni talento), así que fue preciso llamar a su médico de cabecera, el doctor Josef Mengele.

En lo que se refiere a Ibrahim Schlome sigue en el cuarto círculo del Infierno mientras su viuda disfruta de una muy merecida fortuna y se dice que la última vez que se le vio fue, según ciertos chismosos, en las paradisíacas playas de Ibiza, o en las de Cancún, según otros.

HERENCIA MALDITA

Mi tío, el vizconde de M[10]., luego de llevar una vida de calavera, como correspondía a uno de los descendientes de los grandes señores del *Ancien régime*, decidió heredarme toda su fortuna bajo la única condición de que la malgastara: caso contrario el Ratón Malvado recibiría todas las maldiciones de su estirpe, además de morir en la guillotina.

Después de hacer un tour por las propiedades que conformaban mi legado (y de disfrutarlas unos meses, lo que explica mis frecuentes ausencias en el blog) llegué a la conclusión de que hay modos más interesantes de morir (si bien menos nobles) que la guillotina: por ejemplo beberse un Richebourg Grand Cru, cosecha 1985, acompañado de un purito Montecristo en lo alto de un edificio moderno, mientras se contempla el entrañable espectáculo de luz y sonido que en breve nos ofrecerán los ataques nucleares.

[10] Omitimos el nombre de mi tío, el vizconde, a fin de que las generaciones venideras no lo asocien con el escándalo, si bien cualquier persona versada en heráldica podría develar su identidad; dejamos, pues, esa tarea alas personas duchas en la mencionada arte.

Debido a lo anterior me vi obligado a subastar tres castillos (uno medieval, otro del Renacimiento y el tercero un *chateau* dieciochesco), ocho viñedos y una mina de carbón.

Disculparéis a mi tío por esta última parte de su legado; pero como decía lord Fermor, el tío de lord Henry Wotton (*El retrato de Dorian Gray*, de Óscar Wilde), esos tintes industriales y burgueses deben perdonarse a la nobleza toda vez que un caballero necesita procurarse algo de combustible para la chimenea, durante el invierno.

Con la calderilla que me dejó mi tío me fui a echar vacilón a Niza y me compré un sombrero y una gabardina igualitos a los de Humphrey Bogart.

El Ratón Malvado era —como siempre— el alma de la fiesta: nadaba en un océano de champagne, de mujeres que bailaban el can-can, de risas luminosas y de frases revestidas con ingenio.

—¡Ratón! —me dijo el espíritu sombrío de uno de mis supuestos ancestros árabes—: ¡Eso es pecado!

No le hice caso a ese aguafiestas; pero Torquemada, ese fraile vanidoso quien me lee atentamente y quiere hacerse pasar por uno de mis antepasados, señaló:

—¡Ratón! ¡Aléjate de los vicios! ¡Piensa en tu alma inmortal!

Y comenzó una pesada disertación que cualquiera que tenga la mala costumbre de procurar la Biblia y los periódicos conoce.

Ratón Malo tomó la navajita del cortaúñas y corrió al espectro (ya se sabe que los espíritus necesitan, para manifestarse en este plano, apoderarse de un cuerpo sutil que se corta fácilmente con un cuchillo afilado).

Rodeado de mujeres galas pedí que llenaran la mesa de *foie gras*, setas y otras delicias; pero un espectro prehispánico (que también se decía uno de mis antepasados) depositó sobre las viandas a una víctima atada de pies y manos, cuyos labios habían sido cosidos con un finísimo hilo de penca de maguey, como aún se hace, hoy en día, con las iguanas, en los mercados populares.

El espíritu del sacerdote se lo estaba pasando bomba y empuñando un cuchillo de obsidiana (esos cachos de vidrio volcánico de color negro o verde) le levantó el brazo izquierdo y era una maravilla contemplar sus afanes para arrancarle el corazón a su víctima, que chillaba, el muy exagerado.

Fue simpatiquísimo cuando el sacerdote comenzó a separar las costillas; en seguida extrajo el corazón, todavía palpitante y tras ofrendarlo a los dioses, se me quedó mirando:

Era demasiado; si bien se trata de asuntos divertidos no son cosas que deban realizarse en la mesa, y me fui molesto.

En mi huida me encontré con David Icke quien, luego de bajarme unos cigarrillos y pedirme que le invitara un vermouth, comentó:

—Ratón, ya se viene la Tercera Guerra Mundial: el plato está servido. ¿Ya te hiciste un búnker?

—¡Demonios! ¡No! Todo me lo gasté en la parranda.

Lo único que queda es el de Bugs Bunny: si quieres te lo tramito, aunque ya me lo pidió Pablo Iglesias.

—No te preocupes —le contesté— se me hace que me voy al elevador.

—Uf —dijo David Icke mientras se hurgaba la fosa izquierda de la nariz en busca de una piedra que se le había formado por consumir tanta cocaína barata—, yo pensé lo mismo; pero al parecer ya cerraron los destinos más apacibles: solo veo pasillos infinitos, hoteles en ruinas y otros escenarios apocalípticos.

—Si te interesa, y después de varios intentos, todavía se abre una puerta a una portada de Watchtower; ya sabes; leones remolones y gente de todas las razas acariciando bestias salvajes, mientras te matan de fastidio.

—¡Por Zeus!

—También queda el mundo de los Ositos Cariñositos; pero corres el peligro de pescar una diabetes ante tanta dulzura.

—Probaré suerte —le dije al buen David y luego de pedir una botella de Pomerol, que me fui bebiendo a morro, paré un taxi.

¡Diablos! Eran los Pet Shop Boys! Todo el camino se fueron cantando la de Elvis, esa que dice: *you where always in my mind*.

Poco después pedí amablemente que detuvieran el automóvil y me dirigí a un edificio de diez pisos, lo malo que Dross iba saliendo, en completo estado de ebriedad, y casi me tiró la botellita del infame licor inglés que les había robado a los Pet Shop Boys, cuando chocó su hombro con el mío, y además ni me saludó de lo borracho que iba: ¿quién sabe en qué dimensiones alternativas andaba y qué se había metido?

Desde el piso uno pulsé el cuarto, luego el segundo, en seguida el sexto, de regreso al segundo, posteriormente al décimo y de ahí al quinto. En dicho nivel se subió una muchachona espectacular; pero ya se sabe que en realidad es un ser de otra dimensión y es preciso no hablarle porque podría transformarse repentinamente en Elba Esther Gordillo, la Merkel, Michelle Obama, en una criatura del Planeta de los Simios o incluso en algo peor, así que presioné el botón uno; pero el elevador me llevó al décimo (había tenido éxito).

Las puertas se abrieron y me encontré en un hotel adornado con detalles psicodélicos: unas bocinas anticuadas derramaban *Everyday chemistry*, de los Beatles (grabado en otra dimensión, que no en ésta).

—¡Por Crom! —exclamé—. ¿Qué no podría llegar a un mundo donde los Rolling Stones sacaran muchos más discos? ¡Imagínate estar escuchando a los Beatles durante el tiempo que me queda por vivir! ¡Por Dios, que no!

Metí la secuencia para regresar a esta dimensión, luego volví a pulsarla y me encontré en una tierra donde existía un triunvirato conformado por Mario Benedetti, Stephen Covey y el doctor W. Dyer, así que escapé horrorizado.

Una vez más repetí el proceso y las puertas mostraban un vórtice multicolor: me arriesgué y al instante quedé atrapado en un espacio acolchonado que olía a perfumes finos.

Escuché que se abría un zipper y me vi en Francia, otra vez; pero en el cuarto de hotel de mi queridísima amiga, Evelyn Wickham.

—¡Ratón! ¡Yo penjaba que andaba exagerando con ejo de que te venía en la maleta pa' acompañarme a laj europaj!

Evelyn, que se veía guapísima, como siempre, de volada me sirvió una bebida exótica: yo estaba encantado escuchando su castellano con tintes tropicales, y todas las anécdotas de sus viajes.

Lo malo es que Evelyn hizo una fiestecilla, a la que se presentó Alain Delon, y ese bato nomás me ve y me lleva de pachanga.

—Ta bueno, rey janto, vete con Alain; pero el avión parte a la jinco de la maniana y te ejpero aquí —me dijo Evelyn.

Las horas se fueron y me desperté a las 11:50: Evelyn había partido.

Aunque me la paso en los aeropuertos pidiendo "ride" los malditos pilotos no me hacen caso: es horripilante.

Ratón Malo aceptará que le manden dinero para el boleto.

¿QUÉ ONDA CONTIGO?

—¿Y qué estudió usted, profe? —me preguntó Iskra en la sala de maestros.

—Ciencias de la Información —contesté.

—Ah, pero qué interesante. ¿Y en qué consiste su profesión?

—Haga de cuenta —le dije— que soy algo así como licenciado en salón de té y charla de café.

—¿Y cómo es eso? —agregó Iskra, con ojos soñadores.

—Al parecer —continué— las lumbreras de la Universidad "Autónoma" de Chihuahua no se ponían de acuerdo si deberíamos ser comunicadores o modernos bibliotecarios, así que hicieron un chile con queso y al puro estilo del doctor Mengele experimentaron con nosotros.

"Unos se metieron de bibliotecarios (hubiera bastado que les dieran las Normas APA, aunque fuera en fotocopias) y otros nos metimos a periodistas para compartir la gloria del oficio con albañiles y mecánicos venidos a más, que se encontraban ansiosos de externar sus opiniones, sus puntos de vista, dignos de *San Pero Grullo*.

"Los más listos pusieron algún negocio y hasta donde sé todavía medran por ahí".

Iskra acariciaba sus cabellos y apelando al privilegio de no poner atención a las estupideces de los varones cambió de tema, abruptamente:

—Estaba leyendo en el "feis" que comer carne produce cáncer. Hace un momento un profe, que comía unas barras de granola y tragaba litros y litros de yogur nos dijo, al vernos consumir unos pastelillos, que nos íbamos a convertir en unas verdaderas cerdas.

—Ese profe sí que sabe hacer sentir especial a una mujer; pero no le haga caso a esos amargados que hacen de la dieta una religión: son casi insoportables como los tíos esos que le tiran la puerta a uno, en la mañana, y en pleno domingo, para hablarle del Señor.

—Pues a mí me preocupa mucho —señaló Iskra—. Creo que debo meterme al gimnasio; pero me da tanta flojera, así que de vez en cuando hago como tres horas para mantener tonificado el cuerpo.

—A mí no me preocupan esas tonterías —ladré—. La literatura exige kilos y kilos de cigarrillos, cerveza y carnes que chorrean, ante la caricia del fuego, torrentes de grasa.

—Con razón no se me da la literatura; pero, ¿usted es escritor?

Aproveché para hacerle publicidad al "blo" y le dije que tenía algunos libros publicados:

—Claro —apunté—. Me la paso chévere, con unas cervezas, charlando con los fans de todo el mundo.

—¡Ay sí, los fans! —exclamó Iskra.

—¿Pero qué le pasa? Si soy una figura absoluta y totalmente internacional: tengo por ahí un lector en España, unos dos de México, alguno de Argentina, y mi prima Laura me lee desde los "Iunaited esteits".

—¡Ay sí, ay sí! —insistió Iskra; pero el profe Rubén salió al quite:

—Ahí como lo ve el profe Elko tiene algunos seguidores en ese blog tan chafa que administra.

En la sala de maestros existen dos llaves: un llavero que ni regalado (un día vamos a hacer una "coperacha" para regalarles uno) engarza la llave del baño de mujeres, mientras que el de hombres está al cuidado de Gargamel, el de los pitufos.

El profe Joel, quien siempre me ha parecido una peligrosa mezcla de H.P. Lovecraft (todavía le hace caso a su aristocrática mamá sobre aquello de vestirse al puro estilo de las clases dominantes: zapatos lustrados, pantalón de vestir, tweed y algún detallito más), lord Henry Wotton, Talleyrand y Petronio, el *arbiter elegantiarum*, tomó a Gargamel y se dirigió al baño con las más negras intenciones; en el inter dijo, con ese sarcasmo pavoroso que hasta a mí me da miedo:

—En algún oscuro rincón de Internet, algo así como en el nivel 11 de la Deep Web, Elko es un dios.

Se llegó la hora de "checar" salida y, como siempre, a la maestra Caro no la reconocía el antipático aparato al que le presentas la huella digital, así que la mandamos a la cola de la fila india, como siete veces.

Llegué deprimido —vapuleado— al agujero que rento y recordé aquel día, cuando trabajaba en Televisa de "reporterucho".

El Batillo, luego de cargar su automóvil con latas de cerveza, chicharrones y otras porquerías, recordó que debía llenar el tanque, así que se detuvo en una gasolinera que lucía un enorme letrero, mismo que rezaba:

"Esta gasolinera es un regalo de Dios".

Intrigado ante tan pintoresca aseveración y mientras encendía un cigarrillo le pregunté al tipo que despachaba sobre el significado de la críptica frase.

—Lo que pasa —comenzó a relatar al tiempo que me robaba un Marlboro, que tuve que encenderle como si se tratara de una señorita; pero ya estábamos que ardíamos de

curiosidad, y ni modo de hacerla de cuento— es que el jefe es cristiano.

—Vaya novedad, si todos estos pelmazos lo son.

—¡No, no, no! ¡Católicos no! ¡Cristianos!

—Ah —exclamé—, ahora resulta que les ganó el *Copy Right* la susodicha secta.

Mientras limpiaba el parabrisas, con el cigarrillo en los labios, el despachador continuó:

—A unos metros de aquí hay una escuela de estudios superiores, un bachillerato, una primaria y un jardín de niños, así que los vecinos se negaban a conceder el permiso de suelo, por lo que el jefe invocó a su dios, Jehová.

—Se pronuncia Yavé.

—Dice el jefe que se pronuncia Jehová y como usted es un pobre diablo que a lo más me dará 20 pesos de propina —el tipo estaba soñando—, me inclino a creerle a él.

—Bueno, bueno, ¿a mí qué me interesan los dioses del cereal venidos a más? ¿El caso?

—El caso es que el jefe tiene vara alta y Dios escuchó sus oraciones, así que los vecinos se la pellizcaron y este milagro de gasolinera funciona, contra todo pronóstico.

—Ese señor nunca se ha distinguido, precisamente, por aquello de la ecología, que es cosa de paganos.

Aquel pasado escabroso comenzó a desvanecerse mientras me lavaba los dientes y me iba a la cama.

Como bien dice el profe Joel "en algún oscuro rincón de Internet, algo así como el nivel 11 de la Deep Web, Elko es un dios", cuando me dormí se abrieron las puertas de la divinidad y ya me estaban esperando las valquirias para llevarme a las montañas heladas, donde los dioses se sientan a jugar a los dados[11].

[11] La frase se conserva por aquello del folclor; en realidad los dioses juegan al X Box, al Play Station y otras consolas de última generación; ¿qué creían?, ¿qué nos habíamos quedado en la prehistoria?

Lo malo es que las valquirias se detuvieron en Tierra ABZX35-472-A8 (también conocida como "Mundo Rock") para que le dejara el "chivo"[12] a mi esposa, Britney Spears, y por eso ando bruja[13].

Una vez en el casino de los dioses hice mi entrada al ritmo —cuyo tema pedí a mis demonios familiares— de *La luna llena sobre París*, de La Unión, mientras lucía un sombrero panamá y toda esa parafernalia.

En realidad no había buen ambiente: Zeus andaba de malas porque Hera lo había "cachado" en una de sus "movidas", en el "feis".

Todo parece indicar que Atenea estaba encabronadísima porque le habían robado, ciertos nigromantes, sus bombas nucleares, mientras que su hermano Marte, dios de la colorida guerra tradicional se había puesto su capa de pieles humanas para irse de borracho —ante la preocupación de Venus— al Medio Oriente.

—¡Pst! ¡Pst! —le susurré a Huitzilopochtli; pero se había ido a los Estados Unidos de mojado para fundar no sé qué secta y decía ignorar el náhuatl y el castellano, y yo me negaba a balbucear ese dialecto anglosajón.

—¡Chinga a tu madre!

—¿Por qué me ofendes?

—¿No que no sabías español, indio insoportable?

Total que Thor andaba bien pedo y Loki hacía de las suyas, y le pregunté por Apolo:

—¿No lo viste? Es el tío que se tiñó el pelo de naranja, que usa unos lentes Ray Ban y que acaba de entrar al baño.

—¿El de la camisa Pierre Cardin?

—El mismo.

Apolo se había escabullido al baño. Tambaleándome entre sátiros y ninfas que hacían el "cigarrón" fuera del baño

[12] En México "el chivo" es el dinero para el gasto que le dejan los maridos a las "maridas".

[13] Andar sin dinero.

conseguí introducirme a las susodichas instalaciones sanitarias y, luego de abrirme el zipper, con gran esfuerzo, sostuve al enorme Leviatán que habita entre mis piernas; Apolo se encontraba en el otro mingitorio:

—Oye —le dije.

—Ah, ¡Elko! ¿Qué se ofrece?

—Hay un tío presumiendo "quesque" Jehová le puso una gasolinera y, digo, molestando, fíjate que todavía no despegan las ventas de mis libros. ¿Qué onda contigo?

—¡Ah, caray! ¿No han despegado?

—Hazte pendejo.

El iPhone de Apolo comenzó a chillar y el dios radiante me dijo:

—¡Ah, caray! ¡Déjame lo checo! ¡El viernes nos hablamos!

Todavía sigo esperando su respuesta.

SOY LA CIUDAD DEL LLANTO

Bela Lugosi, Vincent Price y Ratón Malo nos encontrábamos en una zona pantanosa, a orillas de la carretera, contando historias de fantasmas cuando Bela, quien se acababa de administrar una dosis de heroína con la hipodérmica, comentó:

Entre las figuras demoníacas más interesantes de la historia merece un lugar especial Bertran de Borne quien, según Dante, fue castigado debido a su orgullo desmedido de guerrero y poeta con la condena de vagar toda la eternidad sosteniendo su propia testa de los cabellos.

—Ciertamente un tío interesante —afirmó Vincent Price mientras encendía un cigarrillo y se servía una copa de merlot—: Bertrand amaba demasiado la guerra, como se refleja en sus bellos poemas, pero el paisaje me parece más apropiado para recordar a Sheridan Le Fanu, maestro irlandés de la *Ghost Story* quien, hablando demasiado de fantasmas, terminó infestado de presencias invisibles. ¿Qué opinas al respecto, Ratón? ¿Hay algún escritor que te llame especialmente la atención?

Al tiempo que Alfred, mi mayordomo, nos servía unos canapés, señalé:

—Me viene a la memoria Aleister Crowley y su *Liber Al Vel Legis*, y cito: "Nosotros no estamos por los pobres y los tristes: los señores de la tierra son nuestros parientes".

—Y agrega:

"¡Escojan una isla! ¡Abónenla con ingenios de guerra! Les daré un ingenio de guerra. Golpearán a la gente y ninguno les hará frente".

—Aleister continúa y me da miedo:

"Estoy en una cuádruple palabra secreta, la blasfemia contra todos los dioses de los hombres. ¡Los maldigo! ¡Los maldigo! ¡Los maldigo!".

"Con mi cabeza de halcón picoteo los ojos de Jesús que cuelga sobre la cruz".

"Bato mis a alas en la faz de Mohammed y la ciego".

"Con mis garras lacero al hindú y vuestros credos crápulas".

"Que María inviolada sea despedazada sobre ruedas, que por amor a ella todas las mujeres castas sean profundamente despreciadas en medio de vosotros".

—Un tío bastante tenebroso —afirmó Lugosi—: es de notar el parecido que sus dioses tienen con los de Lovecraft. Algunos autores afirman que Sonia Greene, la esposa de H.P.L., conoció al mago negro en una conferencia.

Comenzaba a anochecer: de pronto el bosque se iluminó y un espantoso platillo volador se posó sobre nosotros:

—¡Demonios! —exclamó Vincent Price—. Los *homo capensis*, que nos acompañan y fastidian desde antes de la Edad de Hielo, nos han encontrado.

—¡Alfred! —grité—. ¡Desconecta la batería de la limo!

Era demasiado tarde: los *homo capensis* lanzaron un rayo y dejaron inutilizado el vehículo para luego desaparecer, vertiginosamente.

—Lo que nos faltaba —dijo Lugosi.

Caminamos hacia la carretera para detener un autobús; pero ya estábamos picados y como no dejaban fumar Alfred esperó a que se apagaran las luces del bus para servirnos unos cigarros electrónicos y algo de merlot.

Los árboles añosos corrían con celeridad a los lados de la carretera; las luces bailaban, filtrándose por las ventanas del cacharro.

—¿Se han fijado? —dijo Vicent.

—¿Qué cosa?

—Todos los pasajeros están momificados.

El chófer, un esqueleto enfundado en unas vestiduras con capucha hacía caso omiso a nuestras sentidas protestas y manipulaba la palanca de velocidades.

El paisaje comenzó a cambiar: la cinta asfáltica se había convertido en una espiral demencial y flotante, con estalacticas y raíces secas bajo ella.

A lo lejos se veían las luces escarlata de la ciudad de Dite: Bela abrió una de las ventanillas y los alaridos de los demonios aéreos inundaron, por un instante, el autobús.

—¡Ciérrele, por Dios! —pidió Alfred—. Todavía no estamos tan desesperados como para arrojarnos al vacío: además aquí tenemos calefacción y bocadillos, y nos queda algo de *scargot*, y tostadillas para untar sobre ellas.

—Lo malo es que —dijo Vincent Price— si vamos a permanecer en este autobús por toda la eternidad, como me temo, en breve se nos acabarán las provisiones.

Con una mueca de espanto Bela Lugosi sacó el estuchito que cargaba para ver cuántas dosis de heroína le quedaban: se sorprendió al ver que el estuchito estaba lleno.

Miré a Alfred y él comprendió: se apresuró a revisar el equipaje y se encontró con una provisión infinita de *delicatessen*.

—Al parecer, niño Elko, la eternidad nos ha provisto bien.

—Menos mal, Alfred, menos mal.

Seguimos bebiendo y, como no había quien nos regañara, encendimos unos habanos.

—El señor no se ha tomado su pastilla de zinc para los nervios: ya sabe que su organismo no lo asimila bien y debe cuidarse —comenzó a fastidiar Alfred y como se pone insufrible si no le hago caso acepté la oblea y la botellita de agua purificada que me ofrecía mi mayordomo.

Como duendes bailarines las luces de las distantes ciudades infernales se colaban por las ventanillas del autobús.

LA RANA DEL VÁTER[14]

I

Tía Esperanza me llamó histérica. Yo era un estudiante pobre y arrimado en aquella vieja casona destartalada. Tía Esperanza estaba aterrorizada porque la tapa de la taza del baño se agitaba y ella cayó desmayada. Una rana con un ojo saltó del váter, y me dijo:

—Sí, Fernando. Ya sé que soy una rana tuerta que habla. Pero no soy ningún delirium tremens ni nada por el estilo. Aunque no lo creas, soy tu profe de literatura, reducido a esta miserable condición. Solo en el drenaje de tu vieja casa pude hallar escapatoria. Me alegra de haber dado contigo de puro milagro: tienes que ayudarme.

—Queridísimo maestro, sabes que si me descubre mi tía juntándome contigo me voy a meter en problemas. No termina de acusarme de ciertos desenfrenos y de que no acudo a misa; pero si prometes permanecer calladito puedes quedarte debajo de la cama, en una cajita de puros que

[14] Escrito al alimón con Jesús Chávez Marín.

habremos de acolchonar con el hule espuma que me quedó de la cajita de I-Pod que me regaló mi hermano, el ingeniero.

—¡Qué colchoncito ni qué ojo de hacha! Lo que necesito es recuperar mi otro ojo y la forma humana. Una pandilla de biólogos me secuestró y me puso de conejillo de indias y mira cómo me dejaron. Tengo inyectados un montón de escaleras genéticas y ahora salté como rana fenómeno. Antes fui cíclope y ya no recuerdo que otras formas biológicas más.

Fernando, con la nobleza que lo caracterizaba, había pensado de inmediato en la comodidad del maltrecho animalejo, nada más porque se había presentado como aquel profesor que ahora era su amigo entrañable. Viniendo de él, nada le parecía lo suficientemente estrambótico.

II

A Luz hacía varios meses que no se la cogían; su precario esposo se había puesto de amante de la señora que les vendía ropa en abonos a las empleadas de la oficina y a su esposa ya ni la miraba de frente ni de lado; poco a poco había dejado de existir para su cuerpo, para todo lo que verdaderamente importaba en la vida.

Hubiera querido quererla como a una hermana o como a una madre, la que le organizaba la casa y le ordenaba la vida y lo dejaba salir de travieso cuantas veces le diera su gana.

Fue cuando el maestro se decidió a leer las novelas eróticas que Luz, en sus noches de inconfesable soledad, pues leía:

"Él tenía un pecho recio, lleno de vellos pelirrojos. En su mirada, que parecía un latigazo del marqués de Sade, cabían todas las pasiones de un ama de casa que siempre había soñado con un jefe vikingo, con un señor feudal, con uno de esos hombres que, dibujando una sonrisa, te enamoran".

Llorando con el ojo que le quedaba, el maestro le hacía tales confidencias a Fernando.

Fernando, a quien por alguna desconocida razón le decían el profe de "químicas" (impartía literatura) se le ocurrió que las cadenas de ADN podrían modificarse merced a una mezcla del abuelo que incluía sangrita de la Viuda de Sánchez, tequila, y otros ingredientes secretos que no conviene referir aquí, así que le ofreció un cóctel al maestro.

De pronto, como en un cuento gótico, ambos escucharon pasos y, atisbando en el silencio de la destartalada casona asistieron a los aquelarres de la tía Esperanza y de la tía Elsa (cosa que debió ser horrible).

III

¡Toc! ¡Toc!

—¿Quién es?

—¡Tía Elsa!

—¿Qué chingaos quiere?

—Un listón.

—¿De qué color?

—Melocotón

Ante los ojos atónitos de Fernando y el maestro, quienes atisbaban desde las sombras, tía Esperanza le abría la puerta a tía Elsa:

—Ji, ji, ji, ji, ji —se reía tía Esperanza.

—Ji, ji, ji, ji, ji —se reía tía Elsa.

Y ambas viejecillas pasaban a la estancia de Elsa mientras que Fernando y el maestro apuraban, angustiadísimos ante tamaños desfiguros, una porción de un licor exquisito (lo que es mucho decir porque, como bien se sabe, los escritores nunca traen dinero y seguramente bebían algún aguardiente barato; pero esas cosas no se dicen cuando uno anda escribiendo cosas trascendentales).

—Eso es esponjoso —dijo tía Esperanza.

—Y esto cremoso —dijo tía Esperanza (error del pendejo editor. Fe de erratas: si bien aquí dice "tía Esperanza", debería decir "tía Elsa". N.t del N.t del N.t.t.t.t).

Ambas urgaban en una bolsa de papel, color marrón.

IV

La vieja casona, transida de tristezas y fantasmas, de formas viejas y terribles transmitía…

¡Plink!

¡Plink!

¡Plink!

¡Plink!

¡Plunk!

(Un putamadratal de emoticones encabronados).

Jesús Chávez Marín: Oye.

Elko Omar Vázquez Erosa: Dime.

Jesús Chávez Marín: Si la parte que te mandé de la tía Elsa era otro rollo.

Elko Omar Vázquez Erosa: ¿Cómo que otro rollo?

Jesús Chávez Marín: Se suponía que se trataba de una tía "sepsi".

Elko Omar Vázquez Erosa: "¿Sepsi?"

Jesús Chávez Marín: ¡Sí! "¡Sepsi!"

Elko Omar Vázquez Erosa: ¿Pues qué no era esa la tal Luz!

Jesús Chávez Marín: ¡Ah, cabrón! Espera reviso.

Elko Omar Vázquez Erosa: Ok.

Jesús Chávez Marín: (…)

Elko Omar Vázquez Erosa: Espero.

Jesús Chávez Marín: (…)

Elko Omar Vázquez Erosa: ¡Chávez!

Jesús Chávez Marín: (…)

Elko Omar Vázquez Erosa: Maestro…

Jesús Chávez Marín: (…)

Elko Omar Vázquez Erosa: ¡Chávez! ¡Cháaaaaaaaaaveeeeeeeeez! ¡Cabróoooooooooooon!

¡Plink!

¡Plink!

¡Plink!

¡Plink!

¡Plunk!

(Un putamadratal de emoticones contentos).

Jesús Chávez Marín: "Oyes…"

Elko Omar Vázquez Erosa: Dime.

Jesús Chávez Marín: Me saltó una vaina.

Elko Omar Vázquez Erosa: Ah.

Jesús Chávez Marín: Mira, luego le seguimos.

Elko Omar Vázquez Erosa: Oye, pero esto se queda inconcluso. ¿Qué van a decir los fans?

Jesús Chávez Marín: ¿La neta?

Elko Omar Vázquez Erosa: La neta.

Jesús Chávez Marín: Ni idea (emoticón sonriente).

Elko Omar Vázquez Erosa: Caray…

Jesús Chávez Marín: "Oyes…"

Elko Omar Vázquez Erosa: Dime.

Jesús Chávez Marín: Así que trabajas en Meoqui, de profe.

Elko Omar Vázquez Erosa: Sipi.

Jesús Chávez Marín: Quiero ir a Meoqui.

Elko Omar Vázquez Erosa: Cuando quieras, maestro, aquí como sea le hacemos y echamos la platicada e inventamos engendros literarios.

Jesús Chávez Marín: Prepara el etiqueta negra.

Elko Omar Vázquez Erosa: Of course.

Jesús Chávez Marín: Yeeei beibi!

ENMIMISMADO

Luego de las aventuras referidas en el relato "La tierra es hueca" el rey Juan Carlos I de España, Allan Quatermain, Chuck Norris y Ratón Malo nos dirigíamos a Hispania, ansiosos por alcanzar la cena de Noche Buena.

Ante la indiferencia de Chuck Norris y de Allan Quatermain, quienes piloteaban el avión mientras daban cuenta de su dotación de whisky (y es que es preciso perdonarlos ya que, al ser angloparlantes de origen, no podían seguir las sutilezas del castellano), Su Majestad y yo, al tiempo que dábamos cuenta de los vinillos que habían quedado en las reservas de la aeronave, discutíamos sobre nuestra querida lengua de la que el ancestro, Carlos V, había dicho:

"El castellano es para hablar con Dios, el francés para hablar con las mujeres, el italiano con los amigos, el alemán con los soldados, el inglés con los patos y el bohemio con el diablo".

O algo así porque, ni modo, existen muchas versiones del dicho del ancestro y ya no se sabe ni qué rollo.

Lo cierto es que yo afirmaba que en lo referente a las disposiciones de la Real Academia Española, que había eliminado el acento de "sólo" (por solamente) para igualarlo con "solo" (de soledad) me atendría a la Academia Mexicana de la Lengua, que heroicamente se negaba a tamaña barbaridad, a pesar de estar infestada de izquierdosos simpatizantes de Gabriel García Márquez.

—¿Pero que deziz, coño? Vozotroz los mejicanoz zoiz unos bárbaros que habéiz zacao aquello de "mejicanoz y mejicanaz, ciudadanoz y ciudadanaz", y con laz zuzodicha prácticaz infeztáiz la lengua, pariente. Algunaz vezez, enzimizmado, me molezto con tal coza.

Yo no se lo negué; pero, y con el mero afán de joder merced a un largo caminar bajo el manto del sofista, le solté:

—Diréis verdad; pero no negaréis que resulta "pior" utilizar, para describir cuando uno se encuentra meditabundo en primera persona, la palabra "ensimismado" en lugar de "enmimismado".

Al rey ya se le habían subido los vinillos:

—¿Cómo que "pior"? ¡Qué ze dize "peor"!

Yo ya me había puesto bien necio, merced a los vinillos anteriormente referidos, y contesté:

—¡Más que pura madre! ¡Se dice "pior" toda vez que "pior" es todavía más "pior" que peor!

El rey ignoró mi último comentario; pero reflexionaba profundamente sobre la cuestión de "enmimismado", así que sin previo aviso llamó a casa:

—¡Bueno! ¡Bueno!

Su Majestad se encontró conque al parecer todos estaban pedos y no le creían puesto que lo habían visto, unos momentos atrás, dar un mensaje navideño; pero luego de insistir un poco y utilizando una serie de claves consiguió comunicarse con su nuera, quien se encontraba en el váter.

—¡Que ya podéiz mandar a freir ezpárragoz a mi doble y que llego a zenar, carajo!

Al otro lado de la bocina se escuchaba una vocecilla aguda y rápida, como en las caricaturas de Tom y Jerry.

—¿Y qué carajoz oz importa con quién venga? ¿Me queréiz aplicar la del rey Lear? ¡Rediez! ¡Qué vengo con Allan Quatermain, Chuck Norris y Ratón Malo, coño!

El rey frunció el ceño y me dijo que Lety quería hablar conmigo, así que tomé el auricular…

Epílogo

Lo pasamos bomba durante la cena de Noche Buena en palacio; al pariente le dio por proponerme a la Real Academia Española para que defendiera el concepto de "enmimismado"; pero ya se sabe que los miembros de las academias suelen ser unos envidiosos insufribles y, como habían aprovechado que la cosa seguía caliente con los *paparazzi*, amenazaron al rey.

Lo cierto es que la mayoría de ellos, si no es que la totalidad, habían entrado a la academia gracias a compadrazgos y palancas, y todavía tenían la esperanza de meter a sus parientes para que medraran, además de que en realidad no han hecho, durante toda su gestión, más que fosilizar su estupidez a lo largo de los años.

Con el fin de no perjudicar al pariente me vi obligado a dimitir, lo que explica mi ausencia de la Real Academia Española.

No me queda más que advertiros contra los hipócritas que suelen reproducirse en el seno de las instituciones, además de desearos una feliz Navidad y próspero Año Nuevo.

LOS RASCACIELOS INFINITOS[15]

Mientras vago por las escaleras de este edificio ruinoso, escaleras en espiral que a veces terminan abruptamente en una pared, por lo que es preciso saltar el pasamanos y entrar a otra espiral que suele conducir a habitaciones enormes y decrépitas, plenas de libreros polvorientos, de cajas con cosas antiguas, de ventanales clausurados con ladrillos y cemento, me pregunto por esta soledad desapacible.

Ocasionalmente me encuentro con sótanos que tienen un pozo de aguas negras, quizá sin fondo, o con otras personas que vagan, desorientadas, por ese rascacielos terrible; otras veces salgo a callejuelas que parecen encontrarse al aire libre, callejuelas flanqueadas por locales comerciales y restaurantes vacíos donde suelen abordarme personas vestidas con máscaras de animales.

Yo busco llegar a ti, pero las personas enmascaradas tienen malas intenciones y ríen, y me atrapan en sus danzas estúpidas, y me confunden.

Las callejas tienen desniveles, zonas cubiertas por tablones, cuevas artificiales excavadas en la roca.

[15] Escrito al alimón con Maribel Rodríguez Martínez.

Continúo buscando hasta lo que semeja la salida de ese edificio atroz solo para encontrarme que dicho rascacielos se encuentra dentro de otro, como las *matrioskas*, esas muñecas rusas que se contienen las unas a las otras; se trata de una construcción enorme, una especie de *mall* con escaleras eléctricas apagadas, con tiendas polvorientas, desoladas, porque extraña y aterradora es la materia con la que se entretejen algunos sueños.

EL MONSTRUO DEL INTERNET[16]

I

El reloj despertador sonó a las 2:30 a.m., era la hora de dejar Internet e irse a dormir ya que al día siguiente entraba a las 8:00 a.m. a trabajar… y los ojos le ardían.

—¡Maldita sea! ¡Ya me tengo que dormir! Tomaré una píldora pues de lo contrario no pego el ojo en toda la noche.

"G" cerró You Tube y los programas que tenía abiertos en su computadora y enseguida la apagó; se quedó un momento mirando la pantalla en negro, pensando:

—Ya empezó este pedo, es inminente que los extraterrestres vienen a este planeta y al parecer no es con buenas intenciones: los culeros nos quieren esclavizar, pronto vamos a vivir como las ratas o las cucarachas, en las sombras y en cualquier agujero en el que podamos meternos; el hombre en su soberbia caerá y por primera vez seremos presas y no depredadores.

[16] Un relato de mi amigo Juan Campos, q.e.p.d., corregido por mí.

"G" se talló los ojos y se dirigió al baño todavía murmurando entre dientes lo que por su cabeza pasaba. Ya enfrente del espejo abrió la puerta del tocador y destapó un frasco del que tomó tres píldoras, se las tomó juntas con un sorbo de agua de la llave, levanto la cabeza y se miró al espejo:

—¡Puta madre! ¡Que carita! Todo es una mierda, todo es una pinche ilusión, odio el puto sistema, odio al puto mundo, odio a la gente. ¿Por qué todos tenemos que hacer lo mismo? La pinche ciudad parece una colmena, vivimos como insectos devorándose los unos a los otros y al parecer nadie se da cuenta.

"La gente camina por las calles con los bolsillos vacíos, al igual que sus estómagos, pero eso sí, con una pinche sonrisota; no sé por qué chingados se sonríen si todo está de la mierda."

"Se contentan con llegar a casa y ver la programación mediocre, con su Coca-Colota sin darse cuenta de que son víctimas del consumismo y de los putos comerciales de la tele, ¡no mamen! Pero pronto todos despertarán y verán con horror la verdad y toda esa pedantería de la humanidad se derrumbará ante un nuevo orden, eso si no somos exterminados."

"G" dio un fuerte puñetazo al espejo partiéndolo en mil pedazos, se talló los enrojecidos ojos y se dirigió a la cocina rascándose el trasero adolorido por las largas horas pegado a la computadora.

De la alacena sacó un especiero con un poco de marihuana en su interior, tomó un poco y la depositó en su pipa, que extrajo de su bolsillo.

—Bendita *weed*—mientras daba fuertes jalones a la pipa se dirigía a su solitaria cama.

Se acostó mirando hacia una cuarteadura que estaba en el techo dando jalón tras jalón a su pipa; se acordaba de que no había cenado, pero que "weva" levantarse a esa hora a comer; poco después se quedó dormido sin darse cuenta: el reloj ya marcaba las 3:30 a.m.

II

—¡El gaaasss! ¡El gaaaaaasssss! ¡El gaaaaaaaaasssssssss!

—¡Su pinche madre! Voy a bajar y le voy a partir la cabeza a ese cabrón con sus gritotes. ¿Qué no sabe que la gente decente dormimos tarde? ¡Puta madre! ¡Ya son las 11:00 a.m.! Me quedé dormido, ¡no mames!

"G" dio un brinco para levantarse de la cama y lo primero que hizo fue tomar su celular, marcó al número de su jefe e hizo una pausa para pensar qué le diría:

—Qué le digo ahora a este cabrón? Ya no me cree nada el pinche "Godínez".

Terminó de marcar el número:

—Hola, mi George, ¿cómo estás? Sabes que no pude llegar a tiempo…

—¿A tiempo, cabrón? ¡Si ya son las pinches 11:00, no son los 15 minutos de regla "wey"! ¡Son tres pinches horas!

—¡"Pérate", mi George! Es que el pinche metro… ya sabes, cabrón, siempre con sus chingaderas…

—Nada, "wey", ya son muchas, cabrón, te me vas a la verga y no te presentes en tres días, cabrón, a ver si así aprendes a respetar tu trabajo y a tus compañeros; esto lo voy a pasar allá arriba para ver qué deciden ellos: yo ya me cansé de dar la cara por ti, cabrón. ¡Bye!

Piiiiiiiip…

—¡Mi George, "pérate" "wey", es "neta"!..

"Pinche Godínez, me colgó el culero: "¡Respeto a tu trabajo, respeto a tus compañeros!" ¡A la mierda su puto trabajo y los putos compañeros! Como si pagaran tan bien los culeros, malditos explotadores de mierda, lo quieren exprimir a uno hasta lo último estos pinches vampiros."

"Eso son: unos pinches vampiros que lo único que quieren es verte agachar la cabeza y ver cómo se pasa el tiempo viéndote las arrugas en tu cara. Creen que lo que hacen es importante y no lo es. ¿A quién le importa si un fotógrafo no va a trabajar? El mundo no se acaba por eso:

hay guerras, hay hambre, están por invadirnos los putos marcianos y estos pendejos chingando…"

"G" buscó su pipa, la prendió y le dio un fuerte jalón.

—¡Los de arriba! ¡Me la pelan esos culeros! Me podrán correr, si quieren; pero no harán que caiga en su juego, ¡este es mi juego y yo dicto las reglas! Pronto no habrá más "los de arriba": todos seremos "los de abajo".

"G" se encaminó al escritorio donde tenía su computadora y todavía con la pipa en la boca se quedó parado frente a ella, dando grandes bocanadas.

—Voy a seguir investigando, aprovecharé estas mini vacaciones que me dieron estos culeros para llegar al fondo de este asunto; ya son muchos los vídeos de evidencias sobre naves que rondan alrededor del planeta y todo mundo tan tranquilo, hasta parece que no pasa nada, solo los gobiernos lo saben, pero hacen todas sus operaciones en secreto y mientras a nosotros nos engañan distrayéndonos con cualquier cosa que pase en la sociedad… ¡pendejos!

"G" prendió su computadora a la vez que sentía un dolor en el estómago: recordaba que tenía que comer. Lanzó una maldición y se dirigió al refrigerador, en cuyo interior solo había un galón con agua medio vacío, o medio lleno, como lo quieran ver, eso vale madres, un pedazo de pizza duro y unas latas de cerveza; tomó el pedazo de pizza y le dio un mordisco.

—¡"Guácala"! Esto sabe a mierda —dijo mientras escupía el bolo en el lavabo. Tomó una cerveza y se la empinó casi hasta el fondo.

¡Ahhh! Esto sí está con madres, ahorita voy a la tienda a comprar algo pa' tragar.

Se dirigió a su silla frente a la computadora e intentó meterse a Internet.

—¡Mierda! ¿Qué pasa? Pinche Internet, no empieces con chingaderas.

"G" Se metió a la compu para ver la conexión y estuvo un rato viendo por qué chingados no había internet. "G"

siguió "checando" los cables para ver si estaban bien conectados al módem y todo parecía bien; ya desesperado abrió la caja de donde sale la línea, la que va pegada a la pared.

—¡Ah, cabrón! ¿Qué es esto?

Al abrir la cajita notó que algo estaba alrededor del cable, algo cristalino y viscoso.

—¿Pero que mierdas es esa cosa? Parece silicón o algo así, ¿será eso lo que la está cagando y por eso no hay Internet?

Con sus manos "G" intentó quitar aquello; pero no podía, la cosa era muy pegajosa y se le adhería a los dedos; lo intentó largo rato con pinzas y otras herramientas y tampoco. "G" maldecía descontrolado y aventaba todo lo que podía.

Después de un rato de luchar agarró su celular y marcó un número.

—Oye, "wey", ¿tienes Internet?

—¡Nooo! ¡No mames, "wey", yo tampoco!

—¿Tu vecino tampoco?

—¿"Pos" que chingados está pasando?

—Voy a ver al ciber que está abajo a ver si esos "weyes" tienen, "cámara"!

"G" bajó al ciber casi corriendo y lo que se topó lo paró en seco: unos cinco cabrones sacudían y jaloneaban al pobre dependiente, reclamándole la falta de Internet. A "G" le pareció que los tipos que jaloneaban al desdichado dependiente tenían los ojos como cristalinos; no le dio importancia y pasó de largo, ignorando el hecho de que los tipejos empezaban a golpear tupidamente al dependiente.

"G" tomó su celular y marcó:

—Oye "wey", es un caos en el ciber, tampoco hay Internet… ¿Que las noticias qué? ¡Ah, cabrón, pinches noticieros, no creas nada¡ "Ai" te marco, "we", voy a ver qué pedo, "cámara".

"G" regresó corriendo a su departamento y prendió el televisor: estaba Adela Micha dando las noticias de última hora; decía que en todo el país no había señal de Internet y que de acuerdo a una fuente de información podría ser un

acto terrorista del Estado Islámico de alcance global y bla, bla, bla.

—¡Pinches noticias! ¡Puro pedo!

"G" volteó a ver la cajita que hacía unos momentos había dejado abierta y lo que vio le hizo dar un brinco pa' trás.

—Ah chingado, ¿qué es eso? ¡No mames!

La cosa gelatinosa había crecido de tamaño, tanto que ya abarcaba toda la cajita y al parecer su viscosidad era la misma; pero esta vez "G" arrugaba las narices por un olor extraño, que sin duda salía de esa cosa.

—Apesta esa madre y no es normal, ¿qué chingados está pasando?

Con cautela "G" se acercó a la cosa y con su pipa le dio unos piquetes para ver si había alguna reacción; al no obtener ninguna respuesta "G" prendió su pipa y dio varias bocanadas. Tapándose la nariz una vez más intentó quitar aquella cosa que salía de la cajita de la conexión a internet; pero no lo consiguió.

De pronto "G" abrió muy bien los ojos al recordar algo y tropezando se dirigió a su computadora, frente a la que tomó asiento, abrió una carpeta que decía "X Files", donde tenía un centenar de videos bajados de You Tube sobre avistamientos ovnis y entrevistas de gente que decía haber sido abducida por extraterrestres.

—¡Lo sabía! Ya está pasando.

"G" volteaba a ver la cosa a cada rato, nerviosamente: reproducía un video de un ruso que decía que el Internet era una trampa de los gobiernos, que por eso querían que fuera gratis para todo mundo y que cada hogar debería tener acceso sin trabas, que los gobiernos del mundo tenían contacto con extraterrestres para hacer una invasión vía Internet con el fin de acabar con las masas hasta que solo quedaran las élites mundiales, los Illuminati y mamadas de esas.

—¡Lo sabía, lo sabía! ¡Malditos gobiernos! ¡Internet gratis! Eso ya era mucho para ser cierto nomás porque sí; sabía que había algo oscuro detrás del asunto.

En eso estaba "G" cuando escuchó un fuerte choque que provenía de la calle y luego gritos y más gritos; se levantó maldiciendo y se asomó por la ventana: vio un accidente de autos y mucha gente corriendo por la calle, una señora salía de su casa con el palo de las tortillas moviéndolo en círculos por los aires corriendo hasta perderse de vista. El caos se escuchaba desde más lejos: "G" se metió y agarró su celular.

—Oye "wey", ¿qué está pasando? Ya me estoy asustando, "we", tengo aquí una cosa que sale por el cable de Internet… ¿Tú también?.. ¿Cómo que se comió a tu perro? ¡No mames!

Al otro lado del auricular una voz histérica casi le revienta el tímpano a "G":

—¡Sal de ahí, pendejo! ¡Corre ya! ¡Yaaa!

—¿Rodrigo? ¿Rodrigo?… —insistía "G", ansioso—. ¡Puta ma! ¡No manches!

"G" corrió al refrigerador, agarró una cerveza, se colgó la cámara y, mientras salía de la habitación, vio que la cosa ya era del tamaño de un balón de básquetbol y hacia palpitaciones leves.

De pronto "G" se detuvo en las escaleras y regresó, con la cámara empezó a darle golpe tras golpe a la cosa sin causarle algún daño aparente; se le ocurrió jalar el cable del Internet hasta arrancarlo y la cosa emitió un chillido que hizo a "G" taparse los oídos por un instante; luego salió dando trompicones y por fuera empezó a jalar el cable hasta arrancarlo todo: del extremo que sostenía "G" salía una luz blanca, muy luminosa.

—¿Pero qué madres?

"G"arrojó el cable a un lado y entró al depa: la cosa viscosa era casi de su tamaño y tenía una luz en su interior: emitía chillidos y rodaba de un lado a otro dándose golpes y dejando manchas viscosas por todos lados; al fin se detuvo y se desinfló como una pelota, dejando una horrible pestilencia.

"G" sacó a patadas aquella cosa pestilente y dio un portazo; recargado en la puerta se percató de que todavía traía la cerveza en la mano, la abrió y la terminó de un trago.

—¡No más Internet!

Se acercó a la ventana y contempló el advenimiento de una nueva era: el mundo, como lo conocíamos, había cambiado radicalmente y ya nunca sería igual otra vez; el caos era absoluto.

—Lo mejor por ahora será quedarse en casa —se dijo—. ¿Qué pensará ahora "Godínez" de sus tres pinches días de descanso? ¡Ja! Se los dije, culeros.

Eso razonaba "G"mientras la ciudad se consumía entre llamas y la tarde caía.

RECORRIENDO "ELEGÍA DE LOS ÁNGELES CAÍDOS"

Durante mi malhadado paso por los *mass media* (prensa y televisión) quedé sorprendido por el extraño amor que el público en general profesa a la mala prosa, los temas sórdidos y los empalagosos, grandilocuentes y surrealistas discursos de los políticos.

Más asombroso me resultó la maldad, espíritu mezquino y vengativo de políticos y periodistas por igual. Estoy convencido de que Honoré de Balzac se quedó corto al retratar a estos últimos como unos salteadores de caminos en su excelente novela *Las ilusiones perdidas*.

Por lo demás siempre consideré mi tránsito por los *mass media* como una momentánea perturbación atmosférica así que lejos de tomarme en serio sus fastidiosos, vanos y superficiales discursos, procuré cumplir lo más rápidamente posible con mi cuota de notas y boletines, igual que si paleara estiércol de caballo, y correr al bar más cercano para discutir cuestiones verdaderamente trascendentales (¿es de un tono bajo o alto el color de la Pantera Rosa?), además de leer muchas obras maestras a

fin de que mi estilo no se echara a perder por completo en aquellas áridas mesas de redacción.

Entre los autores que frecuentaba por esos días se encuentra el poeta Charles Baudelaire, quien afirma en *Mi corazón al desnudo y otros papeles íntimos*:

Cualquier diario, de la primera a la última línea, no es más que un tejido de horrores. Guerras, crímenes, robos, impudicias, una borrachera de atrocidad universal. Y con ese asqueroso aperitivo, el hombre civilizado acompaña su comida cada mañana.[17]

No obstante lo que pueda decir Baudelaire de los burgueses[18] los periódicos representan el súmmum de la cultura democrática (los libros son sospechosos) y los políticos la cúspide de la evolución humana. Vagamente están enterados de que Platón corrió a los poetas de su República (desde entonces, con la excepción de Nietzsche, los filósofos escriben tan mal) y le agradecen infinitamente ya que los artistas somos unos haraganes e inmorales.

Todos los imbéciles de la burguesía que pronuncian sin cesar las palabras "inmoral, inmoralidad, moralidad en el arte" y otras estupideces, me recuerdan a Louise Villedieu, una puta de cinco francos que, acompañándome una vez al Louvre, donde jamás había estado, empezó a sonrojarse y a taparse la cara y, tirándome a cada instante de la manga, me preguntaba, ante las estatuas y los cuadros inmortales, cómo se podía exhibir públicamente tamañas indecencias.[19]

---

[17] Baudelaire, Charles. Mi corazón al desnudo y otros papeles íntimos. Visor, Madrid. 1983. p. 76

[18] Utilizamos el término "burgués" desde el punto de vista del artista y no del militante de izquierda, puesto que no lo somos. Burgués se entenderá, entonces, como filisteo, palabra en la que pueden y deben quedar comprendidos muchos socialistas, comenzando por Marx.

[19] *ídem*. p. 78

Después de tan rocambolesca introducción debo aclarar que *Elegía de los ángeles caídos* no trata de periodismo o de políticos, pero fue en ese ambiente de exuberante corrupción y bajo el pernicioso influjo de Baudelaire (a quien he amado hasta el plagio como dijo, bellamente, un autor cuyo nombre no me viene a la memoria) cuando escribí *Elegía de los ángeles caídos*.

Como la mayoría de mis poemarios este libro, que se publica por primera ocasión a través de Kindle Direct Publishing, se divide en tres ambientes: *Mascarada*, *Salamandras* y *Plegarias de fuego*.

El primer ambiente abre con una breve composición en decasílabos que además presta su nombre a tu blog favorito en la primera línea:

Voluptuosidad es la palabra,
voluptuosidad es el dolor,
es la fragancia del vino orlado
con rojos destellos del secreto.

Voluptuosidad es la mirada,
voluptuosidad es el adiós,
fulgor escarlata del infierno
que yace donde los ojos locos,
helados, acerados del deseo.

Aunque constituya una redundancia la *personae* o personaje poético de este ramillete qlifótico se sirve de una serie de máscaras: el amante desdeñado, el príncipe decadente, el libertino elegante, el borracho perdido, el peregrino de los yermos, el poeta (recién salido de la buhardilla), el cínico, el criminal y el hechicero, quienes establecen el tono del resto del poemario:

Tengo por Gloria
jamás haber pulsado

ni siquiera una cuerda
de la lira patriótica.

El segundo ambiente, *Salamandras*, aborda propiamente la caída y las ardientes llamas del pecado: las toxicomanías, la lujuria, la soberbia y un anhelo de redención:

Amanecí en este campamento industrial:
mis auroras vueltas desamparo y resaca,
mi turbio pelo enmarañado en el espejo.

Ojos sangrientos: mi nombre, mi edad, mi panza:
ecos de indolentes y sórdidas tabernas.

O este:

En lechos de lascivas odaliscas,
en aquellos lechos de incienso y muerte,
el príncipe soñaba con desiertos,
con las rutas del opio y del perfume.

El tercer y último ambiente, *Plegarias de fuego*, intensifica estos temas para estallar en la derrota y el exilio de la *personae*, sin que quede muy claro si alcanzó la anhelada redención:

Buscaba los nuevos caminos
con desesperación,
con el fuego luciferino
que me había llevado
de los palacios del placer
hasta los helados desiertos
del norte, donde los dioses
se reúnen para jugar
a los dados, en el silencio.

No te dejes humillar por tus rivales intelectuales. Demuéstrales que eres un lector bien pesado y no el clásico(a) baboso(a) que lee a Benedetti o a Carlos Cuauhtémoc Sánchez. Mejor adquiere hoy mismo, por un precio simbólico *Elegía de los ángeles caídos* para que lo tengas en tu tablet, dispositivo de lectura, teléfono celular o pc y te vuelvas el terror de los salones literarios. ¡No esperes más! Come frutas y verduras.

DEMONIOS RÚNICOS

Anoche estuve, literalmente, en el infierno, con una sensación de intenso dolor y por eso sé que el infierno existe.

Quería dormir… pero fui cayendo al abismo, en un solo grito: el abismo era de un color púrpura y en el fondo yo estaba rodeado por demonios rúnicos: todos ellos tenían una piel púrpura, y estaban transidos de runas, de sellos y de notas musicales.

Sentía que alguien me apuñalaba, que me querían arrancar la columna vertebral, y los demonios me miraban con sus ojos vacíos, como los ojos vacíos de los dioses griegos en la antigua estatuaria.

Pensé que nunca debería haber abandonado la religión católica y que los dioses antiguos me habían engañado; pero ya era demasiado tarde y yo estaba condenado a una eternidad de dolor insoportable.

Alguien usaba uno de esos muñecos de ventrílocuo con las facciones de Thomas Karlsson: el muñeco decía, con una voz burlona, que ya me había explicado los *qliphot*; pero como soy un quejica lo entiendo, sin entenderlo bien.

Una niña corría por todos lados con una voz infantil, cantando, burlonamente.

Decía que los quejicas le echamos la culpa a los demás y que los quejicas no somos más que unos maricones, condenados a echarle la culpa al universo de nuestras propias fallas, de nuestras propias cobardías.

Alguien me ha estado apuñalando toda la noche.

He visto la escena del árbol del alcaudón, de ese libro de Dan Simmons: el árbol estaba erizado de espinas y yo estaba ensartado en una de ellas, junto con un montón de cobardes que gemían, de puro dolor.

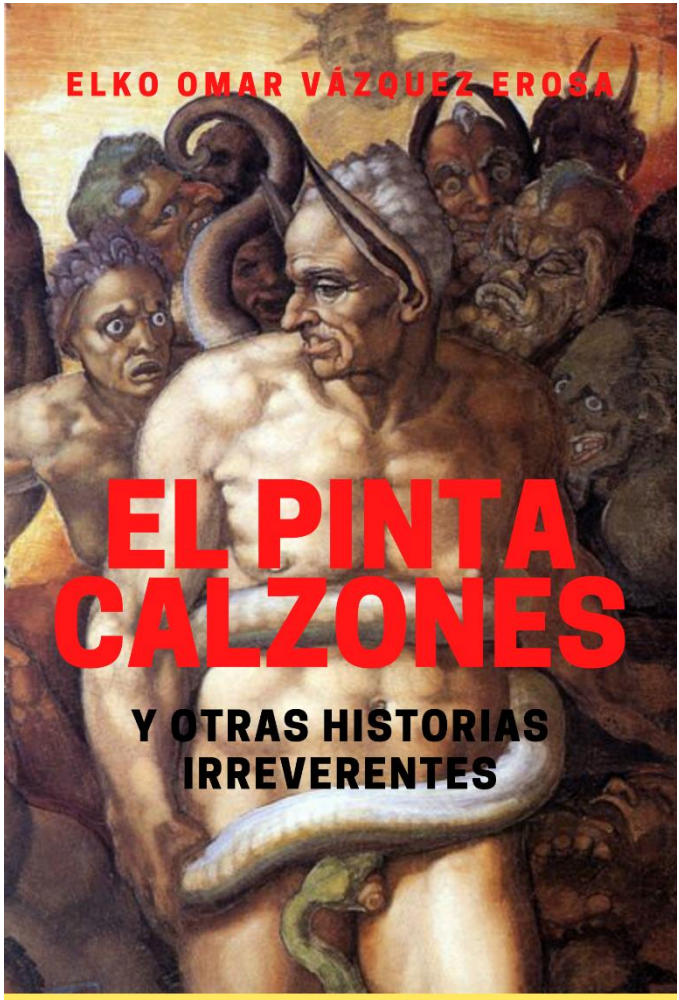
La niña se convirtió en una mujer y me miró, con sus ojos vacíos y, de alguna forma, cesó el dolor y me fundí con ella y me vi a mí mismo, desde los ojos de la mujer, rodeado de los demonios de las runas, quienes apenas me prestaban atención: yo me estaba apuñalando, yo era el que me estaba atormentando.

La luz púrpura se volvió un verde París, luego dorado y desperté, bañado de sudor.

La niña-mujer me ha dicho que el universo no ha sido creado de una sola vez, sino que lo estamos creando, todos los días.

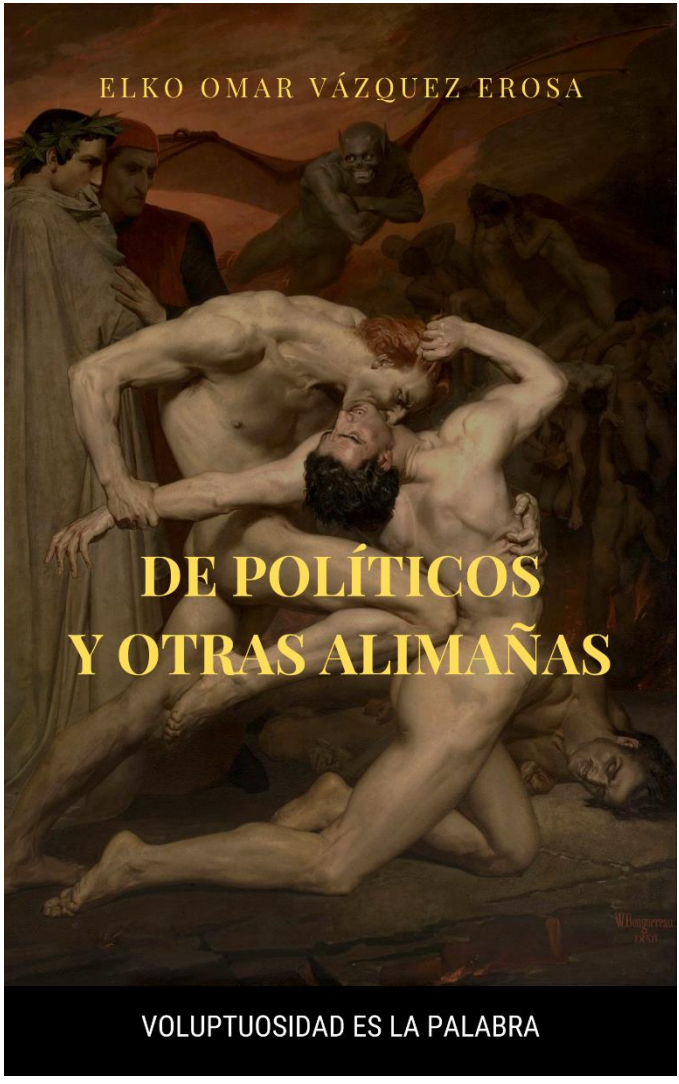
Espero haber aprendido la lección y que ya no se me olvide.

Otros libros del autor



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA


ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA
EN LA PUNTA DEL CIGARRO, LOS DEMONIOS
VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA


ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA
DE POLÍTICOS
Y OTRAS ALIMAÑAS
VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Contenido

Los cardenales de la muerte, 3
Finalmente en Babilonia, 28
Canal 765, 30
Acerca de la física cuántica: Guía práctica con pelotas y dinosaurios, 36
El último hombre del mundo, 43
El hombre que odiaba a Santa: A merry Christmas Story, 45
Obsesión por la fragancia, 49
La luna es artificial, 57
En un mundo alternativo, 59
Furia dionisiaca, 61
La tierra es hueca, 64
La virgen de Scarlatti, 68
La muchacha de los ojos azules, 77
Un desayuno con Apolo, 79
Dame un "like", 82
Las copas enlunadas, 83
Ibrahim Schlome en los infiernos, 86
Herencia maldita, 92
¿Qué onda contigo?, 97
Soy la ciudad del llanto, 103
La rana del váter, 107
Enmimismado, 112
Los rascacielos infinitos, 115
El monstruo del Internet, 117
Recorriendo "Elegía de los ángeles caídos", 125
Demonios rúnicos, 130
Otros libros del autor, 132